

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: EJÉRCITO, 707—SANTIAGO DE CHILE

De M. ANDRÉ DE LORDE

La Dormida

PERSONAJES:

ÉL.

UN CURIOSO.

UN DOCTOR.

ÉLLA.

UNA SIRVIENTA.

Acto I.

Una estancia mui pobre, que alumbra apénas una lamparilla de aceite. Al fondo un lecho, i en él una mujer tendida, inmóvil, con el aspecto de una muerta. A la cabecera una mesita cubierta de medicinas, i unas flores marchitas en un vaso. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo una ventana con los postigos entornados.

ESCENA I.

LA SIRVIENTE I EL CURIOSO

(Al levantarse el telon se abre silenciosamente la puerta de la izquierda i aparece por ella una sirvienta de aire campesino con una luz en la mano. La sigue un hombre de cierta edad que mira curiosamente al rededor).

LA SIRVIENTE.—Entre señor. Allí está..... Mírela.

(Le señala el lecho).

EL CURIOSO.—*(En voz baja)* Esta?...

(Se descubre i permanece tímido en el umbral, los ojos clavados en el lecho.)

LA SIRVIENTE.—Sí, sí. Acérquese no mas... Pero si le da miedo.....
(*Riendo brutalmente*) Voi a alumbrarle.

(*Se aproxima al lecho*).

EL CURIOSO.—(*Tratando de detenerla*) No... Déje... Si veo bien.

LA SIRVIENTE.—(*Poniendo la luz en alto*) Curioso, no?

EL CURIOSO.—(*Después de haber mirado largamente*) Está como muerta.

LA SIRVIENTE.—Lo mismo que muerta... I quién sabe si no desperatará jamas... Hace seis años que está así... Imajínese... I seguramente va a morir así, dormida... (*Viendo de nuevo*) Pero eso debe ser agradable.

EL CURIOSO.—¿Seis años?

LA SIRVIENTE.—Sí, señor, seis años.

EL CURIOSO.—I este estraño sueño le sobrevino de repente?

LA SIRVIENTE.—Creo que de un gran susto... Yo no estaba empleada aquí, entónces.

EL CURIOSO.—I hace seis años que duerme en esta misma inmovilidad?...

LA SIRVIENTE.—No, no siempre está inmóvil como ahora... Tiene a veces... así... como sobresaltos... Parece que va a despertar... I luego, nada...

EL CURIOSO.—(*Acercándose al lecho*) ¡Qué raro!

LA SIRVIENTE.—(*Curiosa*) El caballero es médico?

EL CURIOSO.—No...

LA SIRVIENTE.—Viene... por lo que dicen los diarios?

EL CURIOSO.—No...

LA SIRVIENTE.—Ah! Por curiosidad no mas... Vale la pena... ¿No es cierto?

EL CURIOSO.—¿Vienen muchos?

LA SIRVIENTE.—(*Dejando la luz sobre la mesa*) Oh! Un verdadero desfile... Ya lo creo... Ha venido una cantidad de jente!... Médicos de todas partes... hasta magnetizadores... Una romería! Yo los dejo entrar a todos... ¿Ud cree que tiene algo de particular?... (*Insinuante*) i luego que cuando ya la han visto, siempre me dan algo... Sólo que, para entrar, es preciso que no esté el patron,...por que si él supiera... A los médicos, sí, los deja entrar; él los trae... Siempre está esperando que hallen un remedio, que la curen... Pero a los otros, a los «profanadores», como los llama él, a esos, no quiere ni que les conteste... Una vez se encontró con un caballero, que habia venido por las noticias de los diarios,... ¡Dios mio! poco faltó para que lo estrangulara... Tres dias estuvo sin querer abandonar la pieza; rechazaba todo alimento, sollozaba como un niño... Vea, señor, le parece razonable esto? Fenómenos así se pueden mostrar... no deshonran a nadie.... Bah! Si yo tuviese uno en mi familia, ya estaria rica!

EL CURIOSO.—(*Molesto con las palabras repugnantes que acaba de oír*) Bueno. Bueno!... Déjeme ver... ¡Pobre mujer!

LA SIRVIENTE.—Si no sufre... si ni se da cuenta... Acérquese, mírela... se está moviendo... obsérvela... vale la pena... acérquese otro poco... Mire como ajita las ropas.

EL CURIOSO.—Si, ya lo veo.

LA SIRVIENTE.—I que manos tan frías! tóquelas, Parecen sin sangre (*Toma una mano de la Dormida*) Son manos de muerta... Tóquelas...

EL CURIOSO.—(*Retrocediendo*) Sí... sí... No hai para qué...

LA SIRVIENTE.—(*Soltando la mano, que cae inerte*) Tal vez le da miedo a Ud.... pero a mí...! ya estoi acostumbrada.

EL CURIOSO.—¿Ud. la cuida?

LA SIRVIENTE.—Ah! No, señor! Yo no entiendo de eso. Hai un médico, un gran médico, venido de Paris espresamente para ella... Está alojado al frente... Viene todos los dias, por la mañana, a cuidarla, a alimentarla... Oh! una cosa sumamente complicada... No, yo no se hacerlo... Además, el patron no quiere que la toque...

EL CURIOSO.—Sí, lo comprendo... ¿Pero qué edad tiene?... Los cabellos con canas; la frente con arrugas... ¿Qué edad tiene?

LA SIRVIENTE.—Cuarenta años, apénas. Pero ha cambiado mucho desde que se durmió. Antes era mui hermosa! Vaya si lo era! Como que no habia otra mejor en toda la ciudad. I ella estaba orgullosa de serlo... I luego, que con el caballero hacian una linda pareja. Eran felices, eran ricos, tenian de todo... Miéntas que ahora, una verdadera miseria!...

EL CURIOSO.—¿Miseria?

LA SIRVIENTE.—Cuando la vió así, el caballero perdió la cabeza... ya no supo qué hacer... I entónces ¡caramba!... En el comercio no entienden... Sus negocios se enredaron... I además, con el último golpe...! Si, señor, los dos hijos, el mismo año. Uno murió de doce, i el otro, de catorce... Estuvo a punto de volverse loco... I claro, se aprovecharon, le robaron, no le han dejado un céntimo... Ahora tiene un empréstito por ahí... Se lo dieron por lástima.

EL CURIOSO.—¡Pobre hombre! Sus hijos muertos... i su mujer!...

LA SIRVIENTE.—Ah! si, pobre hombre! I él es mas desgraciado todavía... Porque ella está durmiendo, no sabe de nada, miéntas que él!... ¡Lo qué ha sufrido!... Se habria suicidado ya, si no se lo hubieran impedido... I si no se mata, es por ella, porque tiene la esperanza de que despierte, de que sane...

EL CURIOSO.—¿Tiene esperanzas?

LA SIRVIENTE.—Si. Los médicos le han dicho; pero yo creo que es por consolarlo... Si Ud. lo viese! No tiene mas que cincuenta años, i parece un viejo, un viejo eterno... Anda todo encorvado. Está blanco de canas.

Tiene los ojos abiertos, abiertos, parece que no mira... Una figura!... Da lástima... Peor que élla... Uno piensa que no tuviera una gota de sangre en las venas... Además se priva de todo, de todo, para poderle comprar las medicinas, que cuestan tan caras...

EL CURIOSO.—¿I por qué no la lleva al hospital? Estaría mucho mejor, no le costaría nada...

LA SIRVIENTE.—Se lo han dicho; pero no quiere ni oírlo... El hospital! Imagínese... después de ser ricos... I el es orgulloso!... I tampoco quiere separarse de ella... Si casi no se separa nunca... No la deja más que cuando va al empleo... I luego que vuelve, se encierra aquí... Nadie sabe lo que hace... Yo he tratado de saberlo, mirando por las rendijas de la puerta... Parece que habla solo..., otras veces, que llora.

EL CURIOSO.—¿I no sale?

LA SIRVIENTE.—Nada más que a comer... Llamo a la puerta... Sale, me mira. Sus ojos dan miedo... I yo no me asusto así no más... A veces se me ocurre que estuviera loco... I nada, perfectamente cuerdo. Concluye de comer lijerito e inmediatamente se vuelve al cuarto de ella... Sólo al amanecer, lo siento que se acuesta... Yo creo que está un poco tocado: ¿No le parece?

EL CURIOSO.—Talvez...

(Se oye un rumor afuera).

LA SIRVIENTE.—*(Pone el oído atento i enseguida toma precipitadamente la luz)*. Es él, es él... Lo conozco en los pasos... Lijero! salgamos... Si nos halla aquí, es capaz de jugarnos una mala pasada... I a mí...

EL CURIOSO.—*(Saliendo)*. ¿La despediría?

LA SIRVIENTE.—Nó, eso nó. Donde iba a encontrar otra que le sirviera como yo, con poco sueldo, trabajadora, afectuosa?... *(Deteniendo al curioso en el momento de salir)*... Si el caballero está contento... *(Le tiende la mano, i él le da una propina)*. Por aquí señor *(Mostrándole la puerta de la izquierda)*, por aquí...

(Sale rápidamente, precedida del curioso. La puerta se cierra.—Hai un largo silencio)...

ESCENA II

ÉL I LA SIRVIENTE

(La puerta de la derecha se abre con lentitud, como penosamente. Un viejo entra. Viste de negro, pobremente. Anda encorvado; sus cabellos están blancos; tiene un aire de extravío su figura, horriblemente dolorosa. Cierra la puerta con cuidado, i mira a su alrededor. Dulcemente, en la punta de los pies, se inclina sobre su mujer, la besa en la frente i le estrecha la mano).

ÉL.—Buenas tardes, mujercita mia. Me he atrasado un poco; pero he tenido mucho trabajo. I el empleo está tan léjos,... i me demoro tanto en escribir, i tengo las manos tan temblorosas... Pero ahora, ya no te voi a dejar hasta mañana *(Saca de su abrigo un ramito de violetas, i arrojando a un lado las flores marchitas, las coloca en el vaso)*. I he pensado en tí... *(Con una sonrisa)*. Mira, te he traido violetas... Cada dia se ponen mas hermosas, i están mas baratas!... ¡Si tú pudieses verlas! *(Las aproxima al lecho)*. I qué fragantes están! *(Las dejá sobre la mesa)*. Ya está... Ahora van a pasar la noche entera contigo, como yo, porque yo tambien voi a velar tu sueño. *(Se sienta cerca de ella, i la contempla largamente)*. Ah! si yo pudiese estar siempre contigo! No separarme nunca! ¡Oh! Maria! Maria! Si tú supieras todo lo que sufro!... Verte así tanto tiempo!... ¿Por qué no despiertas?... Oh! recuerda ¡por Dios!... Sólo así puedo volver a ser feliz... Ya verias tú, tanta alegría en torno tuyo! ¿Lo ves? Yo espero, espero siempre, todos los dias, a pesar de los años... Pero no puedo mas... Es demasiado!... *(Sollozando)* Maria! Maria! Despierta!... Pero te hago sufrir talvez!... Quién sabe si oyes, si te desesperas tambien!... Nó, nó... Mejor es que me calle... Así, callado,... sin un sólo rumor.

(Apoya la cabeza entre las manos. Silencio... Permanece inmóvil largo tiempo.—En el lecho, sin que lo note él, la mujer se ha movido mui suavemente. Luego tocan a la puerta de la izquierda, por donde salió la sirvienta. Vuelven a llamar. El levanta la cabeza brusca-mente i con voz ronca pregunta):

EL.—¿Quién?

LA SIRVIENTE.—(*Desde afuera*). Yo señor.

(*El se queda un momento todavía in móvil. En el lecho se ve mas distintamente que la mujer se mueve. Ajita los brazos. El se levanta al fin i se dirige hácia la puerta de la derecha. En ese instante un movimiento del brazo de ella derriba un frasco que hai sobre la mesa, que al caer produce un ruido que suena estrañamente en el silencio.—El vuelve la cabeza bruscamente*).

ÉL.—¿Quién? (*Un quejido apénas perceptible se escucha*) ¿Quién llama?

(*El vuelve la cabeza ansiosamente, observa los movimientos de ella, i oye sus quejidos cada vez mas perceptibles. Entónces enloquecido, lanzándose hácia el lecho, grita desesperadamente*):

Socorro!... Socorro!... Ella! Ella!... Socorro!...

LA SIRVIENTE.—(*En el umbral de la puerta de lá derecha*). ¿Qué pasa?...

ÉL.—(*Perdidamente, llorando i riendo a la vez*). Ella... Ella... Que despierta!... El médico... Corriendo... Sus ojos... sus ojos... los abre... Habla... Despierta!...

LA SIRVIENTE.—(*Aparte*). ¿Estará loco? (*acercándose al lecho*) ¿Es posible?... ¡Dios mio!... Yo tambien loca?...

ÉL.—El médico... El médico!...

LA SIRVIENTE.—¡Milagro! Milagro! (*Sale hablando sola*).

ESCENA III

ÉL, EL DOCTOR I LA SIRVIENTE

(*El, arrodillado como para orar le musita una especie de plegaria, la mas humana, hecha de ternuras, de risas i de lágrimas*).

ÉL.—Maria, mi Maria! ¿Estoi loco? ¿Sueño?... Nó, no estoi loco... no sueño... no... tú estas despierta... has abierto los ojos... me miras!... Sí,

soi yo... yo, que recojí tu última mirada i que ahora recojo la primera.

(La toma entre sus brazos i la mece como a una guagua).

¡Oh! muerta mia, resucitada! Todas las lágrimas que he derramado, todas las penas que me han desgarrado, qué importan, puesto que has despertado!... Tantos años que esperaba esté milagro, yo... I al fin! Cuando ya no podia sufrir mas!... Nó! no era justo que todas las desgracias cayeran sobre mí!... I yo que habia querido morir!... Pero ya has despertado... ya estas viva otra vez... Tambien yo estaba muerto i he resucitado... Sí, otra vez vamos a ser felices, otra vez juntos... ¡Maria!

(Llega el Doctor, seguido de la sirviente; se dirige al lecho sin hablar i examina detenidamente a la enferma).

ÉL.—Doctor!... Doctor!... Está despierta?

EL DOCTOR.—*(Despues de un largo exámen).* Sí.

ÉL.—¡Despierta! ¡Dios mio! *(Besa las manos del Doctor).* I yo que queria suicidarme... Ah! Si Ud. no me hubiese jurado que ella despertaria alguna vez!

EL DOCTOR.—Sí, se lo dije; pero... francamente... yo no creia en ello...

ÉL.—¡Una mentira!

EL DOCTOR.—*(Saca una jeringuilla de su estuche).* A veces es necesario mentir para devolver el valor... Mi mentira le dió a Ud. la fuerza de vivir.

(Se inclina hácia la mujer i le hace una inyeccion en el brazo).

El telon va cayendo lentamente.

Acto II.

(La misma decoracion.—Por la ventana abierta entran la luz i el sol.—Hai un espejo pequeño adosado al muro.)

ESCENA I.

ÉL—ÉLLA

(Al levantarse el telon, ella aparece sentada en un sillón, inmóvil, los ojos obstinadamente fijos en el vacío.—El está mui cerca de la esposa.)

ÉL.—Maria, me vas reconociendo ya?... ¿No es cierto que ya me reconoces?... Nó?... Es justo. Ves? Estoy tan otro, tan viejo!... Mis cabe-

llos estan completamente canos... Ademas, he llorado tanto!... Hasta mi voz suena como voz de viejo... ¡Mujer mia!... Acuérdate... ¿Quién soi yo? Vamos... un esfuerzo... And...

ÉLLA.—(*Con voz indiferente.*) And....

ÉL.—Andres... Andres...

ÉLLA.—Andres (*Mui lijero, como para retener el nombre ántes de que se le olvide*). Andres. Andres... Ah!... Ah!

ÉL.—María! Qué tienes? María!...

ÉLLA.—(*Llorando*). Ah!... Ah!...

ÉL.—María!

ÉLLA.—Ah! Allá,... allá... (*Se oprime la cabeza entre las manos*).

ÉL.—Ha despertado sólo para sufrir... ¿Qué tienes?

ÉLLA.—Ay!

ÉL.—Qué tienes?... Qué quieres?... Levanta la cabeza un poquito..... No es nada... Pasó?... Verdad?...

ÉLLA.—(*Levantando la cabeza*). Si.

ÉL.—Ya no tienes nada?

ÉLLA.—No. (*Mira con espanto a su alrededor*).

ÉL.—Qué miras? Qué?...

ÉLLA.—(*Como quien despierta de un sueño, hallando sus ideas, sus palabras*)... ¿Esta pieza?... Ah!... Por qué me tienen aquí?... Por qué estoi en el hospital?...

ÉL.—Si no estás en el hospital... Si es tu casa...

ÉLLA.—No, no es mi casa. Es el hospital... yo quiero irme...

ÉL.—Tiene razon... Es tan grande el cambio... ¡Qué doloroso debe ser su despertar!

ÉLLA.—(*Mirándolo con espanto*) ¿Quién es Ud?

ÉL.—No tengas miedo... ¿Que no me reconoces?

ÉLLA.—Nó.

ÉL.—Mírame, María...

ÉLLA.—Nó, no lo conozco. ¿Quién es Ud.?...

ÉL.—Mírame bien...

ÉLLA.—(*Despues de mirar largamente i de reconocerlo todo, vuelve los ojos casi indiferente*). ¿Por qué ha cambiado todo aquí?... ¿Por qué?... ¿Estaré soñando?...

(*Una angustia enorme la ahoga*).

ÉL.—No estas soñando, María... No te ajites... Escúchame, yo te diré, te explicaré... Talvez no vas a hacerte cargo... Acabas de despertar... de un sueño mui largo.

ÉLLA.—De un sueño?... Mui largo?

ÉL.—Mui largo... contra el cual nadie ha podido nada, ni los sabios, ni los médicos. Ninguna medicina...

ÉLLA.—¿He estado enferma?

ÉL.—Si... Un día, lo recuerdo tan bien, un Domingo... Volvías de misa... Dos hombres peleaban en la calle... De repente, uno de ellos cayó mortalmente herido de una puñalada... I eso te dió tanto miedo, que, al llegar a casa, tuviste un ataque de nervios... Entónces te llevamos a la cama, te quedaste dormida, i tu sueño ha durado seis años.

ÉLLA.—¿Seis años?... Entónces debo estar sumamente cambiada, como tú, mas que tú... Quiero verme...

ÉL.—Si no has cambiado...

ÉLLA.—Quiero verme yo... Tú no me dirías la verdad...

(*Muestra el espejo del muro*).

ÉL.—Óyeme, Maria.

ÉLLA.—Dámelo, quiero verme.

(*Tiende las manos con desesperacion*)

ÉL.—(*Se resigna i le entrega el espejo*). Oh! Tú eres siempre tan bella para mi...

ÉLLA.—(*Mirándose, descompuesto su rostro por el dolor*). ¿I esta soi yo?... No,... no es posible... ¿Soi yo esta infeliz mujer?... ¡Dios mio! (*llora*).

ÉL.—¿Por qué lloras? Para qué?...

ÉLLA.—Es tan doloroso verse así... Mas valia que no hubiera despertado.

ÉL.—Ya lo sientes...

ÉLLA.—¡Cuánto sufro! Estaba como muerta; por qué no moriria del todo?

ÉL.—No piensas mas que en tí... ¿I yo?...

ÉLLA.—(*Mirándolo, con ansias*) ¿I mis niños? ¿Mis hijos?... ¿Dónde están?... Quiero verlos... ¿Por qué no están aqui?... Has hecho bien en alejarlos, talvez hubieran tenido miedo... ¡Pobrecitos!... Pero ahora, ve a buscarlos, ¿quieres?

ÉL.—(*Aterrorizado, lívido, despues de un silencio*) Los niños...

ÉLLA.—¿Dónde están?

ÉL.—Te diré...

ÉLLA.—¿Dónde están? ¿Siquiera alguien los cuida?

ÉL.—Pero (*Mintiendo desesperadamente*), si ya no son tan pequeños... Son hombrecitos ya... Seis años.

ÉLLA.—(*Sonriendo débilmente*)... Es cierto. Jorge tiene...

ÉL.—(*Sosteniéndose apénas en el sillón*). Veinte años...

ÉLLA.—I Juan.

ÉL.—Dieciocho.

ÉLLA.—¡Es cierto! ¡Qué deseos tan grandes de verlos! de abrazarlos!

ÉL.—(*Buscando cuidadosamente las palabras i conteniendo apénas los*

sollozos que lo ahogan). Oye... Durante tu sueño... ¿comprendes?... la vida ha continuado... Jorje... es soldado... está... en Africa... Juan... en una casa de comercio,... en América.

ÉLLA.—Tan léjos! Pero, vendrán, no?

ÉL.—Sí...

ÉLLA.—¿Vas a escribirles que vengan?

ÉL.—Sí...

ÉLLA.—I los volveré a ver pronto?

ÉL.—Los volverás a ver.

ÉLLA.—Pero, cuándo?

ÉL.—Dos... tres meses... Está tan léjos eso...

ÉLLA.—¡Qué hermosos han de estar! Cuando pienso que ya son hombres!... ¿I ellos me vieron así?... Qué pena tendrían! Ah! I cuando vuelvan ya nos separaremos nunca mas... Nos iremos léjos, mui léjos, a ser felices, dónde haya un sol alegre. Iremos, no?...

ÉL.—(*Procura ocultar su rostro, su pobre rostro inundado de lágrimas, pálido de emocion, contraído por un dolor infinito*) Sí...

ÉLLA.—I si ellos no vienen, vamos nosotros, quieres? ¿Por qué los dejaste irse tan léjos? Antes decías que nunca consentirías en separarte de ellos...

ÉL.—Era necesario... Además, ellos mismos lo quisieron... para ganar su vida.

ÉLLA.—¿Ganar su vida?... No te entiendo...

ÉL.—Tu enfermedad me quitó el ánimo para todo... Lo perdí todo... Ahora somos pobres

ÉLLA.—¿Pobres?

ÉL.—¿Qué importa el dinero?

ÉLLA.—Sí importa, puesto que mis niños están tan léjos.

ÉL.—(*Con un acento indefinible*). Allá, allá, donde están ellos no sufren.

ÉLLA.—I tú has sufrido mucho?

ÉL.—Oh! Sí. Tanto!... Pero dime, en tu sueño, cuando te quejabas, no sentias nada? Algun dolor talvez? (*Temeroso*) ¿Nunca viste nada?

ÉLLA.—Si, algunas veces, rumores confusos... Me acuerdo una vez, mucho tiempo ya, mucho tiempo, oí una cosa rara, golpes de martillo, quejas, i unos sollozos, unos sollozos que venian de léjos, de mui léjos...

ÉL.—(*Con espanto*). Sollozos?

ÉLLA.—Sí, Me acuerdo bien. I otra vez me sucedió lo mismo: oí los mismos ruidos, los mismos sollozos... ¿Qué sería eso?

ÉL.—(*Vivamente*). Nada: alguna alucinacion.

ÉLLA.—Yo creía... Pero mírame... ¿Por qué se te han puesto tan tristes los ojos? Las manos te tiemblan... ¿Qué tienes?... ¿Por qué lloras?...

ÉL.—(*Sin poderse contener, rompe en sollozos*). Es... alegría... Sí, de verte sana... I pena... sabes? porque ellos... (*Reaccionando ante la ansiedad de la mirada de ella*) ellos están léjos, tan léjos! I no te pueden ver... Por eso lloro... Ademas, estoi viejo... No hagas caso... Yo he velado tu sueño noche i dia... No te dejaba nunca... Te traia flores, hablaba contigo como si pudieras oirme... Yo estaba siempre espiando tus movimientos... Yo esperaba que al fin despertarías... I ya estás despierta, estás sana, estás viva! Ah! Si tu supieras... ¡Qué feliz soi!

(*Sin embargo, los sollozos redoblan*).

ÉLLA.—(*Mirándolo siempre fijamente*) ¿Por qué lloras?

ÉL.—(*Sin responder*). Esto es triste; pero ya verás... Nos mudaremos a una casa hermosa... Trabajaré como ántes; todavía tengo fuerza, tengo valor... Has de verlo... Pero, qué loco soi: habia olvidado darte el alimento.

ÉLLA.—No importa. No siento el menor apetito. Lo que tengo es la garganta seca... queria, no sé qué, una cosa fresca, fruta... uvas, sabes?...

ÉL.—Cómo no! (*Se acerca a la puerta i llama a la sirviente en voz baja*).

Vaya a buscar uvas...

LA SIRVIENTE.—Uvas ¿en este tiempo?

ÉL.—Sí, yo he visto en la Gran Avenida, frente a... en el almacén.

LA SIRVIENTE.—Talvez; pero Ud. sabe lo que cuestan?...

ÉL.—Vaya, inmediatamente.

LA SIRVIENTE.—Yo no voi sin dinero... (*Brutalmente*).

ÉL.—Dígale que mañana.

LA SIRVIENTE.—Gracias. Ya he dicho lo mismo tantas veces... Ademas, me ponen mui fea cara...

ÉL.—Hable mas bajo.

ÉLLA.—(*Oyendo, sin entenderlo, el rumor*). ¿Qué pasa?

ÉL.—Nada.—(*A la sirviente*). Está bien, iré yo.—(*A Ella*) Hasta luego. murjecita mía. Voi a buscar las uvas.

(*Sale rápidamente por la puerta de la izquierda*).

ESCENA II

ÉLLA I LA SIRVIENTE

LA SIRVIENTE.—(*En voz baja*) Está loco. Irse sin sombrero... (*alto, a Ella*) Ud. está mejor ahora?

ÉLLA.—Sí.

LA SIRVIENTE.—Mui bien. Me alegro... Ya estará sintiendo mas fuerza, apostaria... Claro, quién no está descansadito despues de dormir

seis años?... I a Ud. la han cuidado harto... El caballero no la ha dejado nunca sola... No consintió jamas que la llevaran al hospital... I lo que le costaban las medicinas!

ÉLLA.—Sí, ya lo sé, somos mui pobres...

LA SIRVIENTE.—No hai que tener pena por eso... Pero tambien ha de ser duro, despues de ser ricos... Todo está en acostumbrarse... I cuando Ud. se mejore bien, le puede ayudar al patron... Yo no hago falta... La casa es chica... se arregla en un segundo... Además, el caballero puede hallar otro empleo mejor... El de ahora no es para él... es para otra clase de jente... El es bastante educado, puede ganar en otras cosas... Aunque está tan viejecito... I me da miedo porque se me ocurre que no va a vivir mucho... ¡Qué diantre! Despues de sufrir tanto! El ha sufrido mucho mas que Ud....

ÉLLA.—Sí.

LA SIRVIENTE.—Me dan lástima los dos... Perderlo todo...

ÉLLA.—Sí, ya lo sé... (*Con profunda tristeza*) Lo hemos perdido todo...

LA SIRVIENTE.—(*Despues de un silencio, sin comprender bien la causa de la tristeza de élla*) Ah! El le dijo? Mejor... Al fin habria tenido que saberlo, un dia u otro...

ÉLLA.—Sí, ya me lo ha dicho. (*Llora silenciosamente*).

LA SIRVIENTE.—¡Pobre señora! En fin, lo principal es que Ud. ya sanó... Hai que ser razonables... Llorando no se remedia nada... Por eso no han de resucitar...

ÉLLA.—(*Levantando la cabeza bruscamente*). ¿No han de resucitar?...

LA SIRVIENTE.—(*Continúa sin oírle*) Pobrecitos! Felices ellos! Pero tambien es triste perderlo todo por junto, la salud, el dinero, los hijos... ¡Qué fatalidad tan grande!

ÉLLA.—(*Espantada*) ¿Los hijos? ¿Qué hijos?...

LA SIRVIENTE.—(*Turbada*) ¿Cómo? ¿Qué hijos?...

ÉLLA.—Ud. habló de hijos...

LA SIRVIENTE.—(*Mas i mas turbada*). Pero yo creia que...

ÉLLA.—Ud. dijo: perderlo todo por junto: la fortuna...

LA SIRVIENTE.—(*Balbuzeando*) Eso es, eso es lo que ha perdido... ¿Entónces no se lo dijo él mismo?

ÉLLA.—(*Continuando la frase interrumpida*) Sus hijos...

LA SIRVIENTE.—(*Espantada de su indiscrecion*) No... No...!

ÉLLA.—(*Procurando levantarse i acercarse a la sirvienta*) Ud. ha dicho: sus hijos... Sí, si, Ud. lo dijo... Míreme... que yo lea en sus ojos. (*La sirvienta vuelve la cabeza, i entónces ella lo comprende todo*) ¿Mis hijos? Muertos? Sí. No mienta... Ud. se imaginaba que yo sabia. Muertos!... Muertos mis niños! Ahora si comprendo... Por eso lloraba él, por eso...

Me engañaba... Estaban léjos... léjos... Faltaba mucho tiempo para verlos... Si, si. Él lo decía para darme valor; para que yo viviera... (*Se levanta ríjida i grita desesperadamente con una especie de ahullido*) No quiero vivir!... No quiero! Nó...

(*Quebrantada por la excitacion, vuelve a caer sobre el sillón, inmóvil, los ojos horriblemente abiertos, los brazos inertes.*)

LA SIRVIENTE.—(*Medio enloquecida*) Señora! Señora! Si no lo hice de intento... (*Sacudiéndola*) Señora!... No se mueve... ¡Señor!...

ESCENA III

ÉLLA.—LA SIRVIENTE.—ÉL

ÉL.—(*Entra con un paquete en la mano*) Ya está, mujercita. (*Sonrie*) ¿Ves como no estamos tan pobres?... (*Se acerca i la ve inmóvil*) Maria! ¿Qué pasa? Maria! Vamos, háblame... ¿Que no me oyes?... (*Con angustia*) Háblame! ¿Pero qué tiene? ¡Dios mio! No se mueve... i sus ojos, que me miran, que miran tan fijos... ¡Maria!... I sus manos... (*Le toma las manos i luego las abandona para sacudir con furia a la sirvienta*) ¿Qué ha sucedido?

LA SIRVIENTE.—¿Quién sabe? Lo juro que no he dicho una palabra.

ÉL.—Sí. Ud. le ha dicho que...

LA SIRVIENTE.—No, señor, ella adivinó... que...

ÉL.—¿Qué?

LA SIRVIENTE.—Que los hijos... habian...

ÉL.—(*Casi estrangulándola*) Miserable! Has hablado... le has dicho... ¡Asesina!

LA SIRVIENTE.—(*Casi asfixiada*) Yo... no... ¡Socorro!... me ahogo... me...

ÉL.—(*Soltándola i empujándola con violencia*) Fuera de aquí! Si no, te mato! Fuera! Fuera! (*Hai un largo silencio pavoroso. Se arrodilla junto a ella*) ¿Te lo conté?... ¿No es cierto?... I no tuviste valor... no quisiste vivir... Si, comprendo... Ya no despertarás nunca. ¡Nunca! Feliz tú!... (*Cierra dulcemente los ojos de la muerta*) Cierra los ojos, mujercita mia, duerme, duerme... (*La toma entre sus brazos i la mece con infinita dulzura, con un dolor inmenso, locamente*) Duerme!... Debe ser tan bueno dormir así... tan bueno!... tan bueno!...

TELON.

Traducción del francés de CARLOS R. MONDACA C.

Cortejo Fúnebre

¡Qué alegrías hondas, vírjenes, palpitan
en este lavado despertar de aldea!...
i los gallos cantan... i las norias gritan,
i en los olmos blancos, de hojas que se ajitan,
refuljente i nueva, la luz pajarea...

Por lo senda, que entre trigales descuella,
una rapazuela—¡tro-la-ró-la-rá!—
guia su carreta la mañana aquella:
la carreta cruje, que va el tronco en ella
de un castaño muerto, podrecido ya.

¡Oh, qué donosica, boyeriza fiera!
La sonrisa arisca, los ojos de cielo.
Su aguijon empuña, cándida i lijera
con la gracia aérea de ave de ribera,
verderon, armela, picaza o bubrelo...

Rubia, mas de un rubio dorado de abejas;
fresca, de claveles a la madrugada;
cerezas maduras lleva en las orejas,
en la boca le arden canciones bermejas,
¡i un lucero brilla sobre su aguijada!

Descalcica i pobre, sin aire mendigo,
no vi por las sendas milagro mayor:
la viste de oros el buen sol amigo,
su sombrero es paja que hace un mes dio trigo,
su basquiña es lino, que hace un mes dio flor.

I aquellos dos bueyes enormes, flemáticos,
en el aleluya triunfal de la aurora,
van, como piadosos mónstruos enigmáticos,
almas, tal vez, de ermitaños estáticos,
rumiando evangelios en la santa hora.



GUERRA JUNQUEIRO



© 1880, 1881, 1882

Al arado, al carro, presos noche i día,
 como con grilletes uncidos están;
 i, sumisos, una rapaza los guía,
 i en los surcos que abren, la amapola cria,
 cantan las alondras, i madura el pan.

Llevan las serenas frentes majestuosas,
 todas enramadas como dos altares;
 madre selvas, juncias, pámpanos, mimosas;
 las abejas pasan desflorando rosas
 i las mariposas, en noviazgo, a pares...

I el castaño muerto, sobre el carro, en tanto,
 por entre los trigos avanza tambien:
 lo amortajan yedras en su verde manto,
 dióle el fango leche, dale el alba llanto,
 ¡oh, dichoso muerto, que hasta huele bien!

Líquenes i musgos—química incesante—
 ponen a hervir almas en su corrupcion...;
 ya, en este esqueleto mondo de gigante,
 bajo el sol, en una bacanal radiante
 millones de vidas hacen irrupcion...

I la fortaleza se une a la dulzura:
 el león del Libro muere en un verjel:
 i del tronco muerto por la costra dura,
 un enjambre de oro crepita i murmura,
 labrando panales cándidos de miel...

Oh, los mansos bueyes de pupilas vastas,
 que elaboran vagos fantasmas secretos!
 Los gorriones pican, trepando, en sus astas
 i caen de sus ojos bendiciones castas
 sobre los caminos tórridos i quietos...

¿Llorarán la muerte del castaño injente
 bajo el cual durmieron siestas estivales?
 Almas de la Selva, su mirar doliente
 ¿recojerá acaso misteriosamente,
 la espresion de vuestras lenguas floreales?

¿Qué es, castaño muerto, de la vida estraña,
que en el micro ovario de una flor nació,
i enjendró raíces i se hizo tamaña,
i trescientos años sobre una montaña,
sus trescientos brazos de coloso irguió? ...

¿Donde, el alma, orijen de estas formas bellas?
Tanto embrión de formas ¿que quiso decir?
¿Cual fué el alma, el símbolo, diluído en ellas?
—Roto ya el encanto, no nos quedan huellas,
ni aún de qué destino te aguarda al morir.

¡Noche obscura!... ¡Enigma!...

No: lo que yo quiero,
boyeriza linda, linda i estasiada,
en esta inocencia blanca, de cordero,
la alegría de oro de tu andar lijero
i el candor de aurora que hai en tu mirada.

Bueyes que yo adoro, lo que mi alma anhela
es vivir con vuestra santa paz cristiana:
fecundar las viñas, arar mi parcela
i en los ojos garzos de una rapazuela
tener dos estrellas color de mañana.

Lo que yo quisiera, muertos castañeros,
es, como vosotros levantar mis ramas,
dar trescientos años sombra a los cabreros
i en ahumados llares de alegres braseros,
¡calentando abuelos, deshacerme en llamas !



Oracion a la luz

(Fragmento)

¡Hombre!

Cuando la aurora irradie en el oriente,
¡yérguete en pie—yergue esa frente!

Yérguete en pie, sobre la tierra esclava,
en que ha sido mudez calijinosa,
i agua, i roca, i gusano, i fiera brava...
¡Yergue esa frente humana i misteriosa,
enigmática flor crepuscular,
la flor que llora, que sonrío i piensa,
la flor que la Naturaleza inmensa,
millones de años puso en madurar!...
Yérguete en pie sobre la tierra obscura,
hijo del Diablo, padre de Jesús:
i en el arrobado, el mimo, i la ternura
de la beata madrugada pura
haz, mentalmente, el signo de la cruz:
una cruz inmortal de pensamiento,
una infinita cruz, llena de luz,
abierta al mundo en un deslumbramiento...
Cruz que recoja en sí la inmensidad...
que, moviendo de Dios, cruce el Infierno;
cruz donde un Cristo, del Amor Eterno,
¡apure el llanto de la Eternidad!
I estático, arrobado, absorto, inmerso
en una inmaterial contemplación,
ebrio de Dios, ungido de universo,
hombre, reza a la luz esta oracion:

Víctima, en el horror del infinito,
¡oh, sol crucificado, oh, sol bendito!
Tu carne de fluídos i metales
es la carne matriz del mundo todo;
carne que está en el agua i en lodo,
nuestros padres i madres naturales...
¡Por eso eres tan nuestro i no nos dejas,

i hácia ti se levantan nuestras quejas!
Es tu horrible estertor de moribundo,
la luz, la vida, que electriza el mundo.
El oro virgen de los días castos
que echa en los orbes trémulos i vastos
los raudales calientes de su luz,
¡es sangre que chorrea tu sudario,
es sangre que ha caído en tu calvario
de tu cuerpo divino i de tu cruz!

¡Bendito el cristo-sol, de cruz ardientel
¡el monstruo-mártir, qué infinitamente,
muere por todos, sollozando luz!

¡Oh luz, se nutre el mundo de tus haces,
mas tu, en el mundo, sin cesar, renaces!

Mueres para nacer constantemente,
mas perfecta, mas pura i mas ardiente.
¡Sí, mas ardiente!... que tu claridad
se bruñe en el amor i en la verdad.

Tu revives, oh luz, mas amorosa
en el agua fluida i relijiosa.

En el agua fecunda i virjinal,
madre del hombre i madre del cristal.

En el agua indecisa i movediza,
donde la vida hierve i fraterniza...

Por donde sangre i savia, ebrias de amor,
se llegan a la idea o a la flor...

Pero el agua te queda agradecida:
¡nunca te olvida, oh luz, nunca te olvidal

I almas del agua, si una en otra adentran,
se dan besos de luz cuando se encuentran.

Revives en la tierra áspera i dura
que es leche i miel en toda su verdura.

Que es leche i miel del floreal tesoro:
leche en el limo; en las corolas, oro.

Sí; revives mas pura, en el bendito
lecho de los metales i el granito.

La materia bruta,
no ve, no sufre, no disfruta.

I, para amar,
se ha de tocar.

I en el tocarse, allí es cuando se liga;
que ha de ser densa para ser amiga.

En la pétrea, inferior naturaleza,
amor es solidez; afeccion es dureza.

I por eso el cristal,
es un divino Santo mineral.

Mármol o bronce
guardan, estatua, el jenio creador;
porque mármol i bronce,
son dos bloques de amor.

I así el sueño ideal, sueño impoluto,
no se perdió—porque se entró
todo, en el sueño bruto...

Las piedras quietas, taciturnas,
que herimos todos, caminando,
son almas lentas, ínfimas, nocturnas,
ciegas i sordas, que se están besando...

La piedra, oh, luz, te absorbe agradecida;
¡nunca te olvida, luz, nunca te olvida!

Porque las piedras trájicas i heladas,
han sido soles, astros, alboradas...

Tu revives, oh, luz, mucho mas santa
en la alma de la planta.

Alma que encierra mil, en la corola;
¡vida enjendrada de infinitas vidas,
cuajadas todas, palpitando unidas
en una sola!

Almas que luchan con igual constancia;
en que una misma aspiración se encierra;
soñando, amando, oyéndose a distancia,
la hoja, libre en lo azul—la raíz, en la tierra.

Almas aéreas, ondulantes,
ebrias de fuego i esplendor:
que al Dios ignoto yerguen sus verduras radiantes,
que a lo Azul se subliman entre aromas de flor.

I tallos, i hoja verde i áureas flores,
labran luz, estilizan resplandores.

I en la luz incorporan el supremo deseo,
i en la luz edifican la esencia misteriosa,
que suspiro a suspiro, i aleteo a aleteo,
va del liquen al cedro, va del musgo a la rosa.

Hierbas, florestas, ramos opulentos,
cálices de oro, bosques desposados,
son esculturas en deslumbramientos,
sueños en luz i en aire condensados...

I aun mas hermosa que en la primavera,
luz, revives en el gusano o en la fiera,
que ya tienen vision ¡la divina hechicera!—

¡Luz dardeante!
maga dorada de los albos pies:
tú eres tinieblas i eres como una ciega errante;
ciega nocturna i deslumbrante,
¡porque iluminas i no ves!

Esos ojos de estrellas vagabundos,
ojos de luz tan viva i tan serena,
no descubren ni páramos ni mundos,
no distinguen las flores de la arena...

I una alimaña torva, rastreando,
ve nubes i ve pájaros en bando,
cala la noche i atraviesa el viento
i en el exiguo ardor de su pupila
asume el volcan de astros que rutila
por toda la amplitud del firmamento.

El ojo ardiente,
es luz maravillosa; es luz consciente.
Mirar,
es distinguir, unir, fraternizar
el sueño del Universo;
todo lo que está disperso
en el lodo, en la roca, en el aire, en el mar.

I, estendiendo el Amor,
es estiende la vision i crece el resplandor.

Ojos vestidos
de eterna luz,
son las pupilas de los elejidos,
son los ojos de Buda o de Jesús.

I todavia mas miraculosa
que en los ojos del gamo o el cáliz de la rosa
tu revives, oh luz, en el son de los nidos,
en los cantares de los pájaros dolidos.
El ave canta
sonorizando aurora en la garganta.

Azota-nieve, alondra o ruiseñor,
declaman luz, gorjean resplandor.

La obscuridad mata el cantar...
Cancion alada,
tu eres la voz idealizada
de la Naturaleza floreal i fecunda.

¡Toda el alma del sol que nos inunda,
el ansia de los orbes, al fulgor inmortal,
canta en la voz de una ave cuando pía,
cristaliza en la límpida armonía,
de un beso de oro ideal!

El mundo, oh luz, se nutre de tus haces;
empero tu renaces mas intensa,
i mas cercana a Dios cuando renaces
entre las vidas de esta vida inmensa;
vidas en lo viviente, almas en ti,
que el secreto de amor junta i condensa,
por mis ojos magnéticos, en mí.

Relumbran en mi cuerpo, humanizadas,
muertas constelaciones i muertas alboradas.

Desde que fuí montaña— i estrella i agua i flor,
porque la Vida me enjendró en dolor;

desde que, vil gusano, me arrastré por el suelo
i, lobo en pie, bajo la luz del cielo,
al verter una lágrima lijera,
me sentí humano por la vez primera,

¡cuántos soles de cuántos firmamentos,
barridos ya por la ala de los vientos,

han dado luz al lodo triste,
que en mí, soñando i suspirando, existe!...

Todo mi cuerpo es luz esplendorosa,
soi un himno de luz relijiosa,
gravitando en la órbita divina...
¡Miles de auroras rien en mi canto,
ondas de estrellas brillan en mi llanto,
mares de luna en mi alma cristalina!

Esta carne, esta sangre, esta miseria
este anhelo inmortal que me tortura,
ya fueron brasa en la amplitud etérea
i por eso, en la luz, viven de hartura...

Traducción del portugués de

E. MARQUINA.



La Moral como ciencia i como arte

I. La Moral como ciencia abstracta i teórica.—II. Como ciencia histórica-social auxiliar.—III. Como creencia.—IV. Como sistema.

No se encuentran de acuerdo los sociólogos, filósofos e historiadores sobre las líneas de demarcacion que deben señalarse a las múltiples disciplinas que estudian la realidad social.

La sociología, las ciencias sociales especiales, la historia i la filosofía de la historia, sostienen todavía ardientes cuestiones de límites que se complican con las doctas i sutiles lucubraciones de sus diversos defensores.

Unos niegan a la sociología su calidad de ciencia, otros dan por definitivamente muerta a la filosofía de la historia, al mismo tiempo que algunos pensadores se empeñan esforzadamente en restaurarla i muchos conceden apenas a la historia el carácter de arte que procede empleando métodos científicos, que produzcan certidumbre respecto de los hechos particulares.

A pesar de esta carencia de armonía entre los pensadores, creemos que no ha de ser difícil señalar a la moral la situacion que debe corresponderle en el campo de los conocimientos humanos.

Podemos examinarla desde cuatro puntos de vista:

- 1.º En cuanto ciencia abstracta i teórica.
- 2.º En cuanto ciencia social e histórica auxiliar.
- 3.º En cuanto creencia o conjunto de creencia; i
- 4.º En cuanto sistema que aspira a fundir las creencias en un todo armonioso i mas o ménos artístico.

I

La ciencia se basa en la existencia de leyes jenerales que rijen todos los fenómenos de la naturaleza. Busca en medio de la aparente complejidad de las cosas, la uniformidad que hai en el fondo de ellas; trata de encontrar la unidad en la pluralidad, por medio del establecimiento de relaciones de semejanza entre los procesos naturales. Fué lo que hizo Franklin cuando esplicó el rayo diciendo que no era mas que una chispa eléctrica. La ciencia va tras la consecucion de sus fines sometiéndose a

métodos rigurosos de observaciones i esperiencias. Una ciencia particular estudia un orden dado de fenómenos para formular las leyes a que obedecen. Antes de llegar a leyes definitivas, concibe jeneralmente hipótesis, que son esplicaciones probables de los hechos i que esperan su verificacion por la esperiencia, para convertirse en verdaderas inducciones o leyes universales. I luego infiere de la concreta combinacion de las circunstancias o eventos con las leyes jenerales descubiertas, lo que debe suceder, o cual debe ser el estado de las cosas, allí donde la observacion no alcanza. Así, Newton descubrió i probó la lei de la gravitacion despues de varias observaciones particulares hechas por el mismo i por otros; i un astrónomo que conoce esta lei i examina las posiciones de cualquier cuerpo celeste en distintos intervalos, es capaz de decir donde estaba ántes de que él lo viese; cuando se colocará a determinadas distancias de la tierra o del sol i si ocurrirá algun eclipse u otro fenómeno cuando esto suceda. De este modo, aquel que posea una ciencia absolutamente perfecta, debe ser capaz de conocer todas las leyes relativas a los fenómenos que estudia, i partiendo del presente, reconstruir todo el pasado i prever todo el porvenir. (1)

Es verdad que en los últimos tiempos los sostenedores del pragmatismo, i a la cabeza de ellos Mr. William James, le han negado a la ciencia su condicion de intérprete perfecta de la realidad, de adivinadora del porvenir i de reconstructora del pasado, i le han negado su valor a las leyes naturales, diciendo de ellas que son solo principios de importancia transitoria, destinados unicamente a encaminar, lo mejor posible, la accion de los hombres.

De todas maneras aunque la ciencia no pueda ser tenida (por ahora) como un espejo intachable de la realidad, constituye, sin embargo, el conjunto de los mejores i únicos seguros medios de que disponemos, para conocer lo que estamos en situacion de conocer; constituye un precioso instrumento de interpretacion, de simplificacion, de unificacion i de prevision de los fenómenos naturales. I aunque no sea posible asignarles a las leyes científicas una precision matemática absoluta i libre de toda rectificacion, significan la espresion mas completa de nuestras ideas mas ciertas sobre el mundo i la vida. Ellas establecen en los fenómenos naturales, el orden que reclama nuestra intelijencia, i van afirmando i confirmando el postulado de la uniformidad esencial de la naturaleza, que es una base indispensable para nuestro pensamiento i nuestras previsiones. Que la precision de las leyes naturales no sea absoluta, no quiere decir que debamos aceptar que en el mundo impere el caos. Sin alcanzar esa perfeccion imposible, las leyes naturales nos dan una orientacion segura en nuestra

(1). Aikins - The Principles of Logic - P. 245.

marcha por el mundo i corroboran nuestra presuncion de que, en éste, nada ocurre al azar o en virtud del mero capricho de algun poder no sujeto a reglas, sino siguiendo las ondulaciones de la uniformidad jeneral del universo.

Antes de examinar si la moral cumple con las condiciones de una ciencia, veamos cual es el campo propio de esta disciplina.

La moral saca su materia de todas las acciones humanas, desde las que tienen principal importancia para el individuo, hasta las que se refieren en primer término a la humanidad toda. Así constituyen su objeto los siguientes puntos: I. La conservacion, independenciam i afirmacion del individuo, i todo lo que pueda favorecer o menoscabar estos fines, como ser la alimentacion, la habitacion, el trabajo o las injurias, la esclavitud, el homicidio, el robo etc. II. La abnegacion, la justicia i el altruismo. III. El matrimonio i la familia. IV. La asociacion de cultura que puede referirse a los siguientes tópicos: 1.º la cuestion social i la justa division del trabajo; 2.º la cultura material; 3.º la cultura intelectual i artística i el amor a la verdad; i 4.º la cultura filantrópica. V. El Estado i las relaciones jurídicas que con el mantienen el individuo i las instituciones sociales. VI. La patria i la humanidad; el patriotismo i el humanitarismo.

La moral se ocupa de las normas, de los sentimientos i de los juicios que se refieren a estos hechos, i, por abstraccion, deriva de ellos los conceptos jenerales de justicia, deber, bien, virtud, mérito, responsabilidad, fin, sancion etc. Pero si no hacemos otra distincion resulta que este estudio que señalamos a la moral, lo es tambien del derecho. Es menester, pues, señalar las diferencias que separan a una disciplina de la otra (1.º) La que debe indicarse en primer lugar como esencial, es que el derecho no se concibe sin una autoridad pública que vele por él i lo imponga, si es preciso, por medio de la coercion. En cambio, la moralidad de un acto no se juzga sino por el sentimiento i la voluntad del que lo ejecuta. La infraccion de las normas del derecho positivo trae consigo la aplicacion de las sanciones legales consiguientes, mientras que las infracciones morales no provocan otras sanciones, que las de la conciencia i de la opinion social. Cabe ademas agregar (2.º) que el derecho es mas preciso que la moral.

Por último, conviene dejar en claro que a un estudio como el de la moral, no es posible señalarle límites que pudiéramos llamar jeográficos, que nos permitieran decir «hasta tal línea» llega esa disciplina i ahí principia otra. Lo que debe entenderse mas bien es que, fuera de las acciones jenuinamente morales, cabe señalar en cualquiera accion humana, que siempre es compleja, un aspecto moral, que puede dar materia para la formacion de juicios morales. Así la moral se introduce en la vida artística i científica, en la política i en el derecho i tiende a modificar o encaminar

estas órdenes de actividad, en atención a los fines i valores que ella considera superiores i primordiales para la vida humana.

Ahora nos toca preguntar: ¿Se ajusta la moral a los requisitos de lo que debe ser una ciencia abstracta i teórica?

Los sociólogos i un buen número de filósofos afirman que nó.

Segun Stuart Mill la moral no es una ciencia sino un arte. «El modo imperativo, dice, es la característica del arte considerado como distinto de la ciencia. Todo lo que se espresa por reglas, preceptos i no por aserciones sobre materias de hecho es arte; i la ética o la moral es propiamente una parte del arte que corresponde a las ciencias de la naturaleza humana i de la sociedad.» (1)

Los sociólogos en especial afirman que la única disciplina que se ocupa científicamente de los hechos morales es la sociología.

Albion W. Small, de la Universidad de Chicago, dice en su folleto *The significance of sociology for ethics*: «Hasta hace poco tiempo todos los sistemas de ética han dado prácticamente por sentado: 1.º que todas las personas son cantidades fijas i 2.º que las relaciones humanas son condiciones que pueden ser consideradas de una manera estática. Este sistema establece que tal hombre o tal acto es bueno cuando se encuentra en cierta relacion con el órden estereotipado del mundo. En otras palabras, nuestros teóricos morales creen que la vida es como una bicicleta de modelo fijo, hecha de distintas partes que pueden ser reemplazadas por otras partes fabricadas en los mismos moldes i que le deben venir perfectamente bien a la máquina. Las piezas nuevas son buenas cuando son capaces de tales ajustamientos. Las piezas que no engranan bien en el modelo son malas. Resulta una injenuidad tener que decir que la vida no es igual a ninguna máquina ni a ninguna bicicleta de un tipo dado. Es mas bien algo parecido a la progresion del modelo mas tosco de velocípedo hasta la mas perfecta bicicleta. Esta comparacion se usa únicamente para manifestar cómo lo esencial en este proceso es el movimiento i no el *status*. En realidad el hombre bueno o el acto bueno, es aquel que en el preciso punto de contacto con el proceso principal, facilita el desarrollo humano. El mismo hombre o acto puede ser malo en una etapa anterior o posterior del proceso, porque en ese grado nó se ha ajustado a él. Así el bien humano no se encuentra en la permanencia en un estado inmutable, sino en la adaptacion a un proceso móvil. Siendo este el caso, nuestra única esperanza de conseguir el acuerdo sobre una regla moral, depende del establecimiento de una sociología que nos ofrezca una comun perspectiva de los detalles del proceso vital.»

LEVY-BRÜHL ha estudiado detenidamente la cuestion en su obra *La*

(1) *Système de Logique*, II, p. 549, citado por Guyau. *Morale anglaise contemporaine*.

Morale et la science des mœurs i niega tambien que exista una ciencia de la moral ni que sea posible fundarla. Hablando de la distincion entre la moral teórica i práctica, dice: «La distincion es corriente en efecto; pero ¿es cierto que sea sólida? ¿De qué naturaleza es la teoría en las morales teóricas? ¿Qué jénero de problemas se proponen ellas resolver? que sean intuitivas i procedan *a priori* o que sean inductivas i empleen un método empírico, ellas sólo tratan de cuestiones que tengan una relacion directa con la accion: determinar, por ej., qué fines debe perseguir el hombre, encontrar el orden en que éstos fines se subordinan los unos a los otros i ver si hai alguno supremo, establecer una escala de los bienes, fijar los principios directores de las relaciones de los hombres entre sí etc. etc. Tratan siempre de obtener un orden de preferencia i de fundar, segun la expresion favorita de Lotze, *juicios de valor*. Pero, ¿es éste el oficio de la ciencia, el oficio de la investigacion propiamente teórica? La ciencia no tiene otra funcion que conocer lo que es. Ella es i no puede ser mas que el resultado de la aplicacion metódica del espíritu humano a una porcion o a un aspecto de la realidad. Tiende i conduce esclusivamente al descubrimiento de las leyes que rijen los fenómenos. Así son las matemáticas, la astronomía, la física, la biología, la filología etc. La moral teórica se propone un objeto diferente; es por esencia lejislativa. No tiene por funcion conocer sino prescribir, ordenar. Su objeto es reducir en cuanto sea posible a un principio único las reglas directivas de la accion. Sin duda una sistematizacion de este jénero puede llamarse, si se quiere, una «teoría»; pero es con la condicion de tomar esta palabra en el sentido estrecho i especial en que designa la formulacion abstracta de las reglas de un arte, —como cuando se dice «teoría de la construccion naval,» «teoría de la utilizacion de las caidas de agua,»—i no en el sentido pleno en que teoría significa estudio especulativo de un objeto propuesto a la investigacion científica i desinteresada.» (Pajs. 10 i 11). «La moral teórica i la moral práctica no difieren entre sí como las matemáticas puras i las aplicadas. En realidad ámbas tienen por objeto dar reglas para la accion. Solamente, miéntras que la moral práctica descende en el detalle concreto de los deberes particulares, la moral teórica se esfuerza por elevarse a las fórmulas mas altas de la obligacion, del bien i de la justicia. Presenta un grado superior de abstraccion, de jeneralidad i de sistematizacion. No hai pues ciencia teórica de la moral en el sentido tradicional de la palabra i no es posible que haya, puesto que una ciencia no puede ser al mismo tiempo normativa i teórica.» (Pajs. 12, 13 i 14). «Les falta a los teóricos de la moral saber que los hechos morales son hechos sociales, que varían en relacion con los otros hechos sociales i están como éstos sometidos a leyes, es decir, que el objeto del saber teórico en moral, es la práctica misma estudiada objetivamente desde el punto de vista sociológico.» (Paj. 18). «Así las rela-

ciones de la teoría i de la práctica en moral vuelven a ser inteligibles. En este caso, como en otros, la práctica racional, que debe venir temprano o tarde a modificar la práctica espontánea derivada de las necesidades inmediatas de la acción, depende en adelante del progreso en el conocimiento científico de la naturaleza. Salimos de la confusión inextricable en que nos mantenía la idea de una «ciencia de la moral,» de una «moral pura», de una «moral teórica» que debía ser al mismo tiempo normativa i especulativa. sin poder satisfacer simultáneamente estas dos exigencias. En adelante la una se separará de la otra i el esfuerzo de los pensadores especulativos, no consistirá en determinar «lo que debe ser,» en dar reglas, sino estudiar una realidad objetiva dada, los hechos morales i los hechos sociales que son inseparables de aquéllos. Tendrá esa labor especulativa, como la de toda ciencia, por fin directo i único la adquisición del saber. Llegado a ún cierto grado de desarrollo este saber permitirá obrar de una manera metódica i racional, sobre los fenómenos cuyas leyes haya descubierto.» (Paj. 33). «Así la pretendida moral teórica desaparece. La moral práctica subsiste de hecho. Aquella pasa a ser el objeto de la investigación científica que, con el nombre de *sociología*, emprende el estudio teórico de la realidad moral, dentro de la realidad social.» (Paj. 34).

Harald Höffding disiente aparentemente de las opiniones anteriores i habla de la moral como de una ciencia práctica (1); pero casi hai contradicción entre la expresión «ciencia práctica» que emplea Höffding i lo que a continuación dice sobre en que consiste. En el fondo sus opiniones son semejantes a las citadas anteriormente. «Los juicios morales, dice, los juicios sobre el bien i el mal nacen en su origen sin ser motivados. *Eso es bueno* exclamamos en presencia de una acción humana, como exclamamos *eso es bello* en presencia de una obra de arte o del espectáculo de la naturaleza. Nos abandonamos al sentimiento inmediatamente excitado en nosotros por la vista del acto o por su recuerdo. Qué acciones serán llamadas buenas o malas, dependerá para cada cual de la «moralidad positiva» (2) en que haya vivido desde el principio de su existencia. Un problema moral sólo sobreviene cuando la voz de la moralidad positiva no es clara o bien cuando se manifiestan en ella contradicciones internas. Entónces son necesarios *principios, ideas directivas* para elegir entre las posibilidades que se presenten.»

«Se podría poner en duda la posibilidad de establecer juicios morales motivados i por consiguiente la posibilidad de una moral filosófica. En

(1) Morale. Pájs. 20, 21 i 22.

(2) Höffding llama moralidad positiva a la moral de hecho existente en un momento dado, al conjunto de costumbres i creencia que se imponen i comunican por la sugestión i la imitación.

efecto, los juicios morales encierran una exigencia, espresan *lo que debe ser* i no solamente *lo que es*. Cuando alaban o censuran una accion realmente ejecutada, dan a conocer la exigencia de que tales acciones sean llevadas a cabo o evitadas en el porvenir. Ahora ¿no tiene toda ciencia por objeto explicar lo que es i encontrar su causa? ¿Puede haber una ciencia, no de lo que es, sino de lo que debe ser? La moral filosófica va aun mas léjos: pretende enseñar qué juicios morales debemos pronunciar! ¿Cómo es posible semejante ciencia? Agregad a eso que los juicios sobre el bien o el mal emanan del sentimiento i los sentimientos no se discuten. Por los demas, ¿no demuestra la esperiencia misma que las mas de las veces las discusiones morales terminan con una apelacion de cada cual a su propio sentimiento?»

«Para esclarecer este problema notemos primeramente que lo que llamamos bueno se refiere a un fin: o bien es un fin en si mismo o es un medio en vista de un fin. De este fin no tenemos siempre conciencia. Miétras mas involuntarios son el juicio i la apreciacion, ménos conciencia tenemos del fin: somos cojidos de repente i nos concretamos tan sólo al objeto que se trata de apreciar. La apreciacion puede hacerse de una manera enteramente instintiva. Pero sí, en los casos dudosos, debe fundarse el juicio en principios determinados, es preciso decidir de antemano, a qué fin referimos el acto. El juicio del acto dependerá de la cuestion de saber si, despues de un exámen mas amplio, favorece o perturba al fin consciente o inconscientemente presupuesto. Todo acto produce un efecto cualquiera sin el cual seria imposible i absurdo. Esta observacion no es inútil porque grandes moralistas, i principalmente Kant, han pensado que era rebajar la voluntad, el atribuir una importancia especial al efecto i acordar al fin una influencia determinante sobre la apreciacion. Lo que Schleiermacher refuta con esta excelente observacion: Si no quiero producir nada ¿para que obro?»

«Nos apoyamos ya en un terreno sólido cuando se ha establecido que todo acto debe tener un fin porque será posible averiguar si el acto ha de ser o no de provecho para el fin. La relacion del camino al lugar de término, del medio al fin puede establecerse científicamente. Señalándose con firmeza el fin, es menester aplicar ciertos medios determinados para llegar a él. La relacion del medio al fin es en suma la misma que de la causa al efecto: lo que llamamos medio es la causa que produce la realizacion del fin. Encontramos pues aquí la posibilidad de una ciencia de lo que debe ser: la palabra *debe* sólo indica *la necesidad de ciertos medios para alcanzar un fin dado*. Gracias a la relacion necesaria que existe entre el fin i los medios, una moral científica *deviene* posible. Pero tal aserto da por sentado que el fin es conocido i admitido, i el problema renace cuando se trata de saber que fin consideramos dado.»

«Llegamos al mismo resultado a que acaba de conducirnos la consideracion del acto en su relacion con el fin, si examinamos la proposicion de que los juicios sobre el bien i el mal, son manifestaciones del sentimiento. De nuevo nos apoyamos sobre un terreno sólido. Es verdad que los sentimientos no se discuten, pero, las representaciones que se asocian a ellos, pueden ser objeto de discusion para ver si tienen o no valor objetivo.»

«Así no sólo la relacion del medio al fin que interviene en toda accion humana, sino aun la relacion entre la esperiencia real i las representaciones que producen los sentimientos de donde fluyen los juicios morales, muestran la posibilidad de dar motivos a estos juicios i de establecer, por consiguiente, una moral filosófica.»

Las lucubraciones de Höffding se hallan mui puestas en razon, ménos en lo de bautizar con el nombre de ciencia, la rebusca de los medios adecuados para llegar a fines, cuya determinacion depende en último término, de los sentimientos. Eso no es una ciencia, así como no cabe tampoco señalar como materias para una ciencia aparte, las cavilaciones del abogado o del rábula que anda desazonado, discurriendo los modos de ganar un pleito, ni las del presidario que imagina los medios de evadirse de su prision.

No es tampoco un motivo suficiente para dar el carácter de ciencia a la moral, el hecho de que sea posible comprender la transformacion de los sentimientos morales por medio de análisis minuciosos, que manifiesten los errores de las representaciones que están ligadas a ellos. Esta es una tarea propia únicamente del arte educativo basado en la ciencia psicológica. La transformacion misma de los sentimientos, ha de ser efectuada en vista de algun fin, i este fin no lo fija ninguna ciencia por ahora: ni la psicología, ni la supuesta ciencia moral, ni la sociología. Esos fines se han señalado hasta los momentos actuales i se señalarán talvez por mucho tiempo de una manera empírica.

En definitiva, la moral no es ni puede ser el objeto de una ciencia abstracta. Los hechos morales quedan comprendidos dentro de la materia de la sociología, i las leyes que los rijen, deben ser estudiadas en conexion con las de todos los hechos sociales. Los hechos morales no dan lugar a los trabajos e investigaciones de una ciencia abstracta aparte; pero pueden ser ordenados, como todos los fenómenos sociales o los de cualquier otro orden, dentro de principios o leyes naturales. Fuera de la parte que de los hechos morales corresponde a la sociología, hai otra que es materia propia de la psicología, como ser la que se refiere al oríjen i desarrollo de los sentimientos i conceptos éticos.

Lo que se llama la moral (o si se quiere mas bien las morales) no es mas que un término abstracto que sirve para designar un conjunto de creencias i sentimientos individuales i colectivos, que se refieren a las accio-

nes humanas, no sujetas a las prescripciones del derecho, i que dimanen de la conciencia libre i no tienen mas sancion que la de esta misma conciencia i la de la opinion social. Cuáles sean los sentimientos i creencias a que nos referimos, dependen del momento histórico en que se les examine. Una fué la moral de los florentinos del siglo XV, otra la de los puritanos del siglo XVII, otra, aun, la de la Corte de Luis XV i mui distinta i superior es la que domina en las asociaciones cultas de nuestro siglo.

II

A la sociología queda pues deparada la labor de investigar las leyes a que obedece la vida moral de la humanidad i la de formular las inducciones que sujieran los fenómenos sociales, entre los cuales los hechos morales son una parte.

Pero esta tarea de la sociología es vastísima i se ha hecho necesario dividirla. Durkheim (1) ha propuesto que se formen las siguientes ramas:

- | | | |
|-------------------------|---|---|
| I. Morfología social | { | Estudio de la base jeográfica de los pueblos en sus relaciones con la organizacion social.
Estudio de la poblacion, su volúmen, su densidad, su disposicion en el suelo. |
| II. Fisiología social | { | Sociología religiosa.
» moral.
» jurídica.
» económica.
» lingüística.
» estética. |
| III. Sociología jeneral | | |

* * *

En el cuadro de Durkheim encontramos a nuestra moral formando una de las ramas de la sociología con el nombre de sociología moral. Seria un error imaginarse que por esta circunstancia pudiera ser la moral considerada como una ciencia abstracta. En la clasificacion anotada ocupa el lugar de una ciencia social auxiliar. La sociología en sus vastas investigaciones, en su trabajo de jeneralizar e inducir, se basa, principalmente, en dos disciplinas que le suministran los materiales con que ella debe elaborar sus teorías, relativas a la realidad i al *devenir* social: son la historia i la estadística. Aplicando los métodos históricos i estadísticos de una

(1) De la Méthode dans les Sciences-Sociologie et sciences sociales.

manera completa a los hechos morales, obtendremos, si formamos un cuerpo ordenado con los fenómenos estudiados, la sociología moral. En relacion íntima con este estudio, tanto por emplear unos mismos métodos, cuanto por servir para unos mismos fines ausiliares, se hallan las ramas del saber conocidas con los nombres de *ciencia de las morales comparadas* i *ciencia de la moral histórica*.

Wundt (1) señala en parte a la moral una situacion análoga a la que acabamos de indicar. El filósofo aleman distingue frente a las ciencias de la naturaleza (Naturwissenschaften) las ciencias del espíritu (Geisteswissenschaften), que poseen tres caracteres distintivos: 1.º *la fijacion de valores*, que permiten formar juicios de valor que son completamente estraños a las ciencias naturales, porque estas no se preocupan de determinar lo bueno o lo malo, lo hermoso o lo feo, que se encuentre en los objetos de su estudio; 2.º *el establecimiento de fines*, sobre los cuales descansan los valores fijados; i 3.º *la manifestacion de voluntad*, que, a su vez fija los fines. El sentimiento que señala los fines i establece los valores, no es otra cosa que uno de los primeros grados del desarrollo psíquico de la voluntad. La psicología es la base amplia e imprescindible de estas ciencias del espíritu, que a su vez, se dividen en dos grandes categorías: ciencias históricas (filología e historia) i ciencias sociales especiales (derecho, economía, ética, etc.) Wundt habla tambien de que estas ciencias culminan en una ciencia mas vasta, mas jeneral, que es la sociología; pero agrega que esta se confunde un poco con la historia de la cultura. A las ciencias sociales especiales se las puede considerar o históricamente o sistemáticamente. De esta suerte tornamos a encontrar a la ética como ciencia histórica comparada i ausiliar de la sociología.

Debemos recordar aquí (2) lo que ya hemos espresado mas atras, de que no es concebible la formacion de una ciencia sistemática de la ética i que respecto de disciplinas, que tienen por objeto señalar fines i formular juicios de valor, sólo se puede decir que son artes i no ciencias.

Para terminar, la ética es una sola ciencia social auxiliar, de carácter histórico i comparado, que debe fundar sus afirmaciones, para no desdecir de su dignidad científica, en investigaciones sólidas i críticas, en pruebas dignas de sujerir certidumbre. Viene a ser la ética para la sociología, al lado del derecho, de la economía, de la lingüística, etc., lo que la epigrafía, la paleografía, la etnografía son para la historia.

Mas, conviene no olvidar que en estos casos la moral, en cuanto ciencia de carácter histórico i comparativo, tampoco da normas. Espone, compara, estudia jenéticamente las normas de las distintas épocas.

(1) Logik der Geisteswissenschaften.

(2) «Para aceptar en parte el cuadro del filósofo aleman».

Para llegar a la moral normativa precisa mirarla como arte empírica, basada principalmente en la creencia. Desde este punto de vista la vamos a contemplar en el párrafo siguiente, examinando al mismo tiempo los límites que la lógica señala a las creencias.

III

Ya se ha dicho que la base real, el motor efectivo de la moral de cada individuo i de los grupos sociales, es un haz de creencias i de sentimientos.

Ahora se presenta este problema: ¿Qué relacion tienen estos sentimientos i creencias con la verdad i la realidad? ¿Pueden ser formados al puro capricho, o existe alguna conexión entre el conocimiento i la acción?

Tales interrogaciones nos conducen a ocuparnos de las influencias mútuas que debe haber entre la esperiencia, la simple creencia i la acción, o sea entre la moral i la teoría del conocimiento.

Es indudable que mui a menudo el hombre ha de guiarse únicamente por simples creencias i aun conviene que robustezca su creencia, su fe en lo que va a hacer, como lo ha manifestado Williams Jaures en su ensayo *The will to believe*; pero interesa saber tambien hasta qué punto el creer depende de la voluntad o, lo que es lo mismo, qué límites pueden poner las verdades objetivas a la voluntad de creer.

No es difícil dar una contestación a esta pregunta i dar una contestación que sea lógica. Toda verdad objetiva reconocida como tal, es un límite que rechaza cualquiera creencia que la contradiga. La afirmación de que la hoja de papel blanco que tengo por delante es blanca, no da lugar a dudas i no me permite sostener que esa hoja pueda ser simultáneamente negra. Toda persona adulta que tenga su sentido de la vista en un estado normal, se encontrará de acuerdo conmigo en este punto. Si tomo un compas i trazo una curva, ninguna persona normal adulta, se atreverá a sostener que esa línea es la menor distancia entre los dos puntos extremos. El principio lógico de contradicción que se formula diciendo que «una cosa no puede a la vez ser i no ser» impide la co-existencia de afirmaciones contradictorias.

Cuando se pasa de estos casos en que la percepción es clara a otros en que es mas confusa, a causa de la complejidad i carácter abstracto de los detalles de las cosas i de los hechos, el principio de contradicción conserva siempre en sí todo su valor; pero las muchas contradicciones que ahora pueden asaltar a la inteligencia, no las distinguen los espíritus bastos i el notarlos queda reservado para los espíritus ilustrados.

Un salvaje, un bárbaro i aun un semi-civilizado, que ignora las grandes leyes de la causalidad, de la pesantez i de la conservación de la ener-

jía, acepta esplicaciones de los fenómenos naturales que para una inteligencia culta, se presentan, no sólo como contradictorias, sino como ridículas. A esos tipos de hombres de edades pasadas no les cuesta creer,—en conformidad a sus tendencias animistas,—que dentro de una piedra se ajite algun espíritu benigno o maligno, que la tierra se detenga en su camino, que una deidad irritada oscurezca la luz del sol o de la luna i proyecte la sombra de los eclipses sobre nuestro planeta, i que un enfermo no sea mas que un infeliz a quien el hálito infesto de un demonio malhechor lo tiene postrado. Para quien no columbra en los hechos la sucesion rigurosa e inflexible de causas i efectos i no considera la vida como una funcion orgánica, sujeta a determinadas condiciones, pueden existir los milagros, i los muertos pueden resucitar i levantarse sin dificultad, por sí solos, de sus tumbas. Para quien no aplica esa misma causalidad a los acontecimientos sociales i no ve en estos ese encadenamiento seguro de antecedentes i consecuentes, que constituye la base de la ciencia sociológica, no hai contradiccion en suponer una providencia que preside i dirige, patriarcalmente, desde lo alto, los acaecimientos de las sociedades humanas. Nada hai mas sencillo para quien ignora las doctrinas de la evolucion universal, que la accion de un creador omnipotente i personal, que por distintos actos de su voluntad ha improvisado sin esfuerzo, i dejado terminadas de una vez, la especie humana i todas las demas especies animales; pero tales cosas son inconcebibles para quien ha estudiado las transformaciones de la sustancia única, inorgánica i orgánica. Todo el antropofornismo envuelto en los casos citados i el antropofornismo en jeneral, es contradictorio e inaceptable para la filosofia de las ciencias.

Así, aunque la moral misma no tenga los caracteres de una ciencia, sus normas empíricas i las creencias morales tienen, por la naturaleza de la inteligencia humana, que respetar las grandes inducciones de las ciencias a fin de formular reglas que de ninguna manera las contradigan.

IV

La moral así entendida constituye un arte i todos los sistemas morales son ensayos encaminados a dar forma armónica a este arte, son ensayos dirigidos a ordenar el cáos que reina en las creencias sociales, donde las contradicciones e incongruencias se entrecruzan como maraña inestricable.

Se puede ensayar una clasificacion de estos sistemas tomando como caracteres distintivos, las bases que han señalado a la moral i los fines que han indicado a la conducta humana.

Tendremos entónces la siguiente clasificacion:

I

Sistemas de base autoritaria
(heteronómicos)

Fundados en la autoridad divina (Teológicos, providenciales, sobrenaturales etc.)	Fundados en la autoridad política. (El absolutismo de Hobbes)
---	---

II

Sistemas de base humana i natural
(autonómicos) i de fines humanos

En cuanto a la base (forma de la moral). Intuicionista racional. Intuicionista sentimental. Tradicionalista. Naturalista (Evolucionista).	En cuanto a los fines (materia de la moral). Hedonismo egoista. Hedonismo altruista o utilitarismo i evolucionismo. Perfeccionismo individual. Perfeccionismo universal.
---	--

Todos estos sistemas son obras mas o ménos artificiales en que se pueden admirar a veces, la proporción de sus partes i la unidad de ideas que ha guiado a su construcción; pero cualquiera de ellos, aplicado por sí solo, le resulta al jénero humano como una camisa de fuerza. La vida los rebalsa a todos; trozos de todos ellos lucen al mismo tiempo; la corriente de la existencia aprovecha ya uno de los canales que se le han construido, ya otros; i miéntras una parte de los hombres marcha al puerto de la perfección, siguiendo los dictados de un sistema de moral idealista, otros enderezan su nave a la ensenada del placer, movidos por un epicureísmo egoista. No es posible renovar por completo el manto moral de la humanidad. Es un manto de remiendos multicolores, en que los retazos de los sistemas antiguos, una vez caducos i sin fuerzas para dar alientos a las almas, van siendo reemplazados por retazos de otros nuevos.

Pero de aquí no se puede inferir que los sistemas morales sean inútiles. Al contrario. Con sus disquisiciones, análisis i ensayos sintéticos, han introducido lei i orden en las creencias morales, i han desbrozado el camino para llegar a futuras concepciones.

Cabe también reprocharles a todos los sistemas que sean mas o ménos empíricos i tradicionales; pero no por esto han de ser tenidos como de ninguna utilidad para la futura ciencia deductiva de la moral, de que hemos hablado en el párrafo III. Las primeras raíces de la ciencia brotan en el empirismo; i los sistemas empíricos de moral ofrecerán así a la mo-

ral científica, sólidos andamiajes i materiales abundantes para sus futuras construcciones.

Conviene, si, tener presente, al terminar, que, para alcanzar el perfeccionamiento moral de la humanidad, no debemos poner, sobre todo, nuestras esperanzas en los sistemas filosóficos, sino en la educacion de los sentimientos.

Los sistemas se ciernen en las alturas de las grandes abstracciones i para el progreso moral faltan las aplicaciones concretas i detalladas que resultan de un sentimiento jeneroso siempre en accion. Ya Mencio, filósofo chino del siglo IV A. J. C., proclamaba la doctrina fundamental de la reciprocidad entre los hombres, que Kant no hizo mas que revestir de nueva forma, al pedir que a toda persona humana se la tratara siempre como un fin i no como un medio.

I desde Mencio hasta Kant i hasta nuestros dias, la mayoría de la humanidad no ha cesado de jimir por falta de reciprocidad i porque se la trata como un medio i no como un fin.

No carece, pues, el espíritu humano de grandes i nobles principios que lo iluminen, sino que faltan las reformas jurídicas i sociales, i sobre todo, la educacion de los sentimientos que encarnen las nociones de justicia, bondad i valor moral en la vida diaria. Falta hacer de la moral, por medio de la educacion, el arte supremo de la vida, el arte de vivir de acuerdo consigo mismo, dentro de la armonía que debe existir entre el individuo i una sociedad de cultura; el arte de ejecutar actos que despierten en nuestra conciencia juicios i sentimientos que nos dejen satisfechos; i el arte de fijarnos fines que sean una espresion de la solidaridad social.

El dios "Peso"

Ultimamente, desde Buenos Aires, Santiago Rusiñol mandó una serie de impresiones de viaje a «La Esquella de la Torratxa», revista que se edita en Barcelona. «El deu Peso,»—«El dios Peso»—es una crónica de honda observacion.

El ser pobre, segun a donde i segun en que sociedades, tiene pequeñas compensaciones, que podríamos llamar de orden moral, que si no engorran, consuelan. Un poeta, por ejemplo, que no tiene dinero, puede mantener un poco su espíritu con una cosa que llaman gloria, engaño reluciente i venturoso que ilusiona a muchas almas; al pintor de nombre o al músico renombrado el aplauso es su delirio, viven encantados de los colores i las notas; la nobleza, los títulos i la herencia llenan el corazón de vanidades...; la religion ha consolado tantos pobres como los que ha hecho, i si ha predicado la miseria ha dado el consuelo de sufrirla; cien otros motivos—de orgullo, de esperanza, de fé, de ideales,—han dado alas ilusorias, i el hombre que no ha tenido dinero, ha tenido... digamos, poca cosa, pero la misma poca cosa, cuando tiene alas de fantasia da un empuje espiritual que no siempre el dinero puede lograrlo.

Aquí... en Buenos Aires, no; aquí..., por ahora..., hasta el momento actual, el arte, la gloria, la idealidad, la fantasia, i otras trivialidades, no son cosas cotizables ni que compensen un poco de la importancia que tiene el *peso*. Sea porque la vida es cara i antes que pensar en los postres hai que pensar en el caldo; sea que el *gringo* i el que no es *gringo* hayan tomado este país como tierra de restauracion en vez de tierra de promision; sea porque muchos de los que llegan, llegan con hambre atrasada, despues de haber perdido la fé en toda clase de ideales, sea porque el materialismo lo invade todo, el caso que entre los que llegan i los que están la lucha por el *peso* es tan terrible que, comparando una cosa i otra, las batallas de Alejandro son juegos de criaturas.

En todas partes el *peso* es perseguido, lo acosan; pero aquí se abusa de él hasta lo absurdo. Id por la calle i de todas las conversaciones sueltas que podais escuchar, a cada diez palabras van cuatro *pesos*; hablad con algun conocido i al momento os explicará que está aquí para hacer *pesos*; mirad las vitrinas i al lado de toda mercadería veis al *peso*. Hai quien aqui-lata los hombres por *pesos* i la caza al *peso* os persigue, convirtiendo la capital en una inmensa boletería, en un gran mercado, en una enorme feria.

Naturalmente, en este ambiente, el que nace con la desventura de tener sentimientos poéticos, o tiene la convicción que el arte no se mida con *pesos*, vive, el pobre! como un pingüino que lo hiciesen vivir cerca del fuego. Si hace cuadros i no tiene protectores los tiene que vender a *palmos* o a *chacras* como lotes de belleza simétrica; si hace versos está perdido: en este país decimal, lo único que no tiene medida es la poesía; si hace trabajos literarios, a excepcion de algun diario como «La Nacion», no encuentra colocacion; i si quiere ser artista independiente le dejan ser, (aqui hai libertad!), pero como el *peso* no va hácia a él, i él no va detras del *peso*, i el independiente tambien tiene que comer, o bien pierde la independencia, o bien, sin esperar ningun centenario, toma las ilusiones i, en tierra de inmigrantes, el emigra.

No hemos visto ningun país, de los que conocemos, a donde los artistas i poetas alejen mas el espíritu de su tierra nativa. Por cada escritor que vaya vestido con las tradiciones de la Pampa, hai ciento que viven con Verlaine, con el señor Pelletan, con D'Annunzio, con los decadentes i sueñan, desde su *ranchito* con Paris...; por cada pintor que pinte el Paraná, hai veinte que prefieren el Sena; i por cada autor dramático que arranque la vida de su pueblo, cincuenta la arrancan de otros dramas; i véanse Guinyols... Ibsen, enfriando el fuego de la tierra; como *Verbenas* i *Revolutas* contra-ritmando las danzas tristes de estas llanuras desoladas.

Puede ser que en ninguna parte el poeta sea tan poeta como aquí; porque canta sólo, como los pájaros; porque canta por cantar; porque su alma reacciona contra el *peso* i el materialismo. En ninguna parte nos han leído mas obras que en este medio positivista, ni con mas unción, ni con mas alas. El que lea al forastero lo hace con tanto fervor que parece que diga, leyendo: «Tú que amas el Arte, escucha lo que te dice un corazón que aun el *peso* no lo ha corrompido. Tú que no eres de los que vienen a niquelizarnos, comprende un momento a donde vivimos, i déjame fantasear un rato. Tú que eres hermano de aquellas tierras donde hai rincones solitarios para ir a soñar, soñemos juntos, i démonos la mano. Estos son los únicos centenarios que no se hacen de frac, ni con discursos, ni se ponen primeras piedras.»

Pero el *peso* es el *peso*, i ante el *peso* se inclinan las delegaciones, i las princesas, i hasta el pueblo. Puede ser que tengan razon los que creen que la riqueza es el todo en el mundo, pero tambien es mui triste, caballeros, que cuando llega un momento que el pueblo necesita su himno, lo tenga que escribir un extranjero, i que los colores nacionales los tiñan fuera de casa, i que el ritmo venga de léjos. Bueno es tener el *peso*; pero como a súbdito.

Traducido del catalan por

J. MARIO MITJANS.

Del Dr. ARISTIDES AGUIRRE SAYAGO.

Los nuevos medicamentos de la sífilis

(La quimioterapia antisifilítica)

En los últimos años la sífilis ha sido objeto de numerosos estudios que han acrecentado notablemente nuestros conocimientos definitivos acerca de ella.

Primero la demostración de su transmisibilidad a los grandes monos antropoides (METCHNIKOFF-ROUX, 1903), hecho de grandísima importancia no sólo desde el punto de vista biológico, ya que él nos demuestra materialmente nuestro parentesco sanguíneo, sino también desde el punto de vista humano, que nos interesa más de cerca, ya que él nos permitió estudiar *in anima vili* el desarrollo de esta temible enfermedad; luego después (SCHAUDINN-HOFFMANN, 23 IV 1905), el descubrimiento de su agente específico, microbio contorneado en hélice que recibió el nombre de espiroqueta pálida (*Spirochaeta pallida*) sustituido hoy por el de treponema pálido en virtud de ciertas consideraciones morfológicas, lo que, como se comprenderá, ha venido a dar el sello de precisión y de unidad necesarios a su investigación; resultados ambos, sobre todo el primero, que han establecido la posibilidad de nuevas orientaciones y de nuevas vías de tratamiento.

Así, como corolario natural de tales estudios sobre la sífilis misma y junto con ellos, se han hecho grandes esfuerzos ya en el sentido de mejorar el clásico tratamiento por el mercurio y sus sales (por ejemplo, buscando nuevos modos de administrarlo, nuevos compuestos activos, etc.), ya en el sentido de encontrar otras sustancias capaces, como aquellas, de destruir los treponemas con el mínimo de daños para el organismo.

Las sustancias que últimamente se han empleado con tal objeto no o derivados del arsénico en su mayor parte, como el *arseniato de sodio*, el *atoxil*, la *arsacetina*, la *hectina*, el *606*, etc. o son algunos derivados del antimonio como el *emético*, la *estibina*; o, finalmente, son otros compuestos como el *uranato de amonio*, el *clorhidrato de quinina* etc. Un sitio aparte merecen las combinaciones en que entran asociados el mercurio y el arsénico, cuyo más conocido representante es hasta ahora el *enesol*.

El empleo antisifilítico del arsénico y del antimonio, propiamente hablando, no son nuevos porque ambos han sido considerados desde antiguo en tal carácter. Así, RICORD empleaba el arsénico hace ya más de medio siglo (1856) y el uso del antimonio es más viejo aún. Sin embargo, apesar de la boga del arsénico, del prestigio del citado Maestro y de los sifilígrafos

que seguian su ejemplo, su uso cayó en completo olvido i en la época presente para que se haya pensado en emplearlo en la enfermedad, ha sido necesario que se demostrase palmariamente la eficacia de una de sus sales (atoxil) en las enfermedades como la del sueño, la sífilis del caballo i otras, producidas por ciertos parásitos llamados tripanosomas, que se reputan próximos parientes de los treponemas de la sífilis humana.

Para ser justos debemos manifestar que si tanto el arsénico como el antimonio eran empleados antiguamente, no lo eran como verdaderos antisifilíticos sino mas bien como en el caso del primero, mui característico, porque se le estimaba un agente capaz de modificar admirablemente el terreno, es decir el organismo en los enfermos debilitados, i aún, porque, como se decía de una manera vaga, su empleo facilitaba la absorcion del mercurio. En resúmen el arsénico era considerado de preferencia como ayudante del tratamiento mercurial.

Hoi, sin desconocer la verdad de su poderosa accion reconstituyente, hai fuertes motivos para afirmar que este elemento posee ademas verdaderas propiedades antisifilíticas, como en efecto sucede. Ellas no serían pues, lo que hasta aquí se había creído, la característica de uno de sus compuestos, el atoxil, si no la de todos en jeneral i así en este cuerpo lo que obra al inyectarlo a un sífilítico, es unicamente la regular dosis de arsénico que entra en su constitucion i no la sal de anilina a que está unida.

* * *

Como este trabajo pretende dar una idea de conjunto sobre estos nuevos remedios, vamos a pasar en rápida revista, los resultados con ellos obtenidos en las diversas esperimentaciones, tales como se pueden apreciar a traves de lo escrito.

El órden que para esto seguiremos no es rigurosamente cronológico, como el lector lo podrá notar; pero, nos ha parecido que el presente, mas natural, consultaba mejor nuestro propósito.

Arseniato de sodio. MILIAN, deseoso de aprovechar su elevado tenor en arsénico (30%) casi igual al del atoxil, lo empleó por primera vez en 1908 con buenos resultados. Este autor pudo observar sobre todo que los enfermos portadores de lesiones cutáneas, sanaban de ellas, es decir, las veian desaparecer con la injeccion de 0,01 gr. a 0,02 gr. de arseniato de sodio disuelto en agua, de la misma manera que si hubieran sido tratados por mercurio. Esta accion curativa del arseniato era mui notable en aquellos casos en que este último no habia ejercido influencia, como en ciertas lesiones (sifilides) superficiales de la lengua.

Continuando sus esperiencias observó que con ventajas podia fácilmente sobrepasar las dosis preindicadas i llegar hasta 0,05 gr. i aún 0,1

gr. i que el arseniato inyectado subcutáneamente, tenia todavía una considerable mayor accion.

Naturalmente estos resultados, que eran de esperar pues confirman hechos conocidos incluso lo que él demostró en los cuyes de que la toxicidad de esta sal era mui inferior a la que se atribuia, no autorizan, de ninguna manera, para comenzar el tratamiento por dosis altas ya que la tolerancia individual es tan variable, ni mucho ménos, a creer que el arsénico pueda superitar en todo caso al mercurio. Por el contrario, segun lo que ya sabemos, este método que tiene la ventaja de emplear un compuesto inorgánico conocido, de gran estabilidad i por esto seguro, convendrá particularmente en los enfermos debilitados que no soporten bien el mercurio, o en los que soportándolo deseen coadyuvar a su accion.

Atoxil, que habia sido considerado hasta ahora como un anil arsinato de sodio es mas bien la sal monosódica del ácido para amido fenil arsénico. Fué SALMON (del Instituto Pasteur de Francia) el que despues de ensayarlo en la sífilis de los monos, lo empleó por primera vez en 1907, con resultados que fueron halagadores, porque su accion sobre los accidentes inmediatos (secundarios) como lejanos (terciarios) de la enfermedad, es perfectamente clara i decisiva. Desgraciadamente estos resultados no son durables, a veces no se obtienen, i, lo que es peor, así efímeros como son, no se alcanzan sino al precio de otras lesiones tanto mas graves (ceguera) aún la muerte misma, pues esta sustancia es bastante tóxica i su empleo se hacia casi esclusivamente por via hipodérmica, comenzando por dosis superiores a medio gramo, las que se continuaban lijeramente disminuidas durante algunas semanas. Su toxicidad se debe no sólo a que es una sal inestable i en ciertas condiciones se descompone en el organismo, poniendo en libertad mayor cantidad de arsénico que la dosis mortal, sino tambien a la anilina, fuertemente venenosa, que provoca en las personas un conjunto de síntomas, que se asemeja al del cólera en su período final, conjunto al que se asocia armoniosamente el bien conocido cuadro del envenenamiento por el arsénico.

Todavía, como si esto no fuera suficiente en el sentido desfavorable, influyen en esta sal hasta los procedimientos de fabricacion: asi el atoxil aleman parece ser mas tóxico que el frances.

En los paises civilizados numerosos son los médicos que emplearon el atoxil. Entre estos conviene citar particularmente a HALLOPEAU en Francia, cuyo entusiasmo por la droga hizo nacer las mismas esperanzas que ahora conocemos i atrajo la popularidad hácia estos derivados arsenicales, de los cuales se espera todo, ya que siglos de prejuicios nos han enseñado a ver en el mercurio un enemigo.

Prescindiendo de aquellas halagüeñas espectativas la esperiencia clínica falló al poco tiempo en contra del atoxil i sin ulterior apelacion:

hoi está definitivamente abandonado por peligroso e ineficaz. I a pesar de todo, a pesar de que aquí mismo hemos tenido accidentes desgraciados, no ha mucho que un estudiante de medicina resucitó su administracion hipodérmica con los resultados que eran de prever.

Nosotros preguntaríamos ¿existe acaso el derecho de hacer correr a seres humanos los azares de la absorcion de remedios considerados peligrosos, bajo el pretesto falaz de comprobar otras esperiencias llevadas a cabo seguramente en mejores condiciones?

El deseo de buscar una sustancia ménos tóxica que no fuese mui diversa del atoxil, que se creyó específico de la sífilis, condujo a tomar este cuerpo como punto de partida de las investigaciones. Así EHRlich acetilando el atoxil obtuvo un cuerpo que llamó arsacetina i que reunia aquellas condiciones, el que, por otra parte, es sólo un número en una larga lista de compuestos arsenicales.

Arsacetina. Espléndidamente recibida por los antecedentes ya conocidos, ella se señala con rapidez como mui superior al atoxil. De todos lados brotan las estadísticas de miles i miles de inyecciones con resultados mui satisfactorios, sin accidentes (NEISSER, SALMON, MILIAN, etc.); pero al poco tiempo, es decir en los primeros meses del pasado año (1910) comienzan ya a señalarse (BACKERS, della FAVERA, etc.), lo mismo que en el caso anterior, la reaparicion de la enfermedad (recidivas) i los trastornos que ocasiona el remedio, que consisten, tambien como ántes, en ceguera aunque de marcha mas lenta, albuminurias de intensidad variable, etc., en suma, los síntomas del envenenamiento por el arsénico.

Como conclusion se aconseja escojer con cuidado los enfermos que se hayan de tratar por la arsacetina i examinarlos periódicamente durante su administracion, vijilando sobre todo el fondo del ojo para despistar el estrechamiento del campo visual, que seria el primer aviso fiel de las alteraciones oculares.

Resumiendo la cuestion podemos decir que esta sal representa un paso adelante. Es ménos tóxica que el atoxil aun a mayores dosis, como las usadas (0,5 a 0,75 durante diez semanas); su inyeccion es indolora i hecha intramuscular no provoca ninguna reaccion. Sus disoluciones son mui estables i pueden fácilmente esterilizarse por ebullicion una o varias veces. En cuanto a su accion, a pesar de que su estudio es todavía mui incompleto, se puede indicar como excelente en el período secundario, especialmente sobre las sífilides ulcerosas, i aun, en el terciario; pero su accion es, sin embargo, *inferior* a la del mercurio.

Hectina. Una vez lanzados en esta via de perfeccionamiento se sospechará, sin esfuerzo, que este tercer cuerpo debe reunir las ventajas de sus predecesores unida a una disminucion de sus desventajas. I así es, en efecto: el benzo-sulfon-para amino-fenil arsinato de sodio (hectina) intro-

ducido en la terapéutica de la sífilis a mediados de 1909 por BALZER i MOUNEYRAT, tiene todos los buenos efectos comunes, como ya se puede coleccionar, a los preparados arsenicales; es muy bien soportado por el hombre, sea en inyecciones o por la vía bucal i no produce (hasta ahora al menos no se han señalado) alteraciones oculares, aunque sí ligeros fenómenos de intolerancia (dolores de cabeza, zumbido de oídos, sofocaciones, malestar, etc.) comunes también, por otra parte en mayor o menor grado, a todas las sales del arsénico. Su acción sobre las manifestaciones sífilíticas es verdaderamente notable sobre todo en las formas malignas o ulcerosas; en las demás su acción es buena, pero inconstante, de modo que necesita a menudo la ayuda del mercurio.

Se emplea exactamente a la dosis i en la forma del cacodilato sódico, hoy de uso casi vulgar. Conviene hacer notar que hay sífilis en donde esta sustancia ha fallado en su acción i en las cuales el mercurio se ha mostrado todavía menos activo. Son estas las formas que han sido llamadas rebeldes i que encontraremos también más adelante.

Sintetizando, se puede decir que la hectina es el mejor tolerado de los antisífilíticos arsenicales i el más poderoso, pues a pesar de contener menos metaloide (21%), obra perfectamente a dosis mucho más bajas que la arsacetina i el atoxil. En este sentido se puede hablar de ella, i esto con carácter provisorio, como uno de los remedios específicos de la enfermedad.

* * *

Tal es el estado de la situación cuando entra en escena el 606, salido del laboratorio Ehrlich i experimentado únicamente por sus ayudantes i amigos (conviene no olvidar que EHRlich es judío i que este hecho tiene en Europa un significado que apenas podemos apreciar desde acá); compuesto para el cual se tocan ampliamente las cornetas de la fama señalándolo *urbi et orbi* como el remedio radical de la sífilis.

A semejante anuncio, que se recibe al principio con sorpresa teñida de incredulidad i en torno del cual, dada la proyección del 606, comienzan a amontonarse luego, desde el optimismo hiperbólico hasta la indiferencia irónica o la negación rotunda (recordemos el 606=0 de DOYEN, publicado en *Le Matin* de París), sucede rápidamente una violenta reacción. El ruido de la polémica científica atrae la atención pública i el entusiasmo de la masa crece sin cesar, a medida que la publicidad de nuevas i nuevas curaciones, algunas tan portentosas como las de enfermedades hasta hoy incurables, agrega nuevos elementos a este entusiasmo popular que se desborda al fin como un verdadero torrente que todo lo atropella. En vano algunos médicos quieren oponerse a esta avalancha i llamar al público i aún a ciertos colegas al cauce natural de un criterio tranquilo; en vano se repite

a los enfermos que la sífilis no se cura con una inyeccion; ya no se oye a nadie, ni nadie puede hacerse oír, i a los que tal pretenden se les reprocha sus bajos móviles, la defensa de su «negocio» comprometido i algo mas... porque todo eso significa dudar de esa panacea. Se habla de negocio i, sin embargo, los que hacen en realidad el gran i estupendo negocio, son los que han lanzado el producto 606 (los capitalistas de los *Farbwerke* alemanes) utilizando de todos los medios que la *réclame* moderna tiene para semejantes especulaciones comerciales, i como «aquellos polvos traen estos lodos», este cuerpo se ha convertido casi en todas partes en objeto de indigno e inescrupuloso tráfico.

Cabe aquí hacerse la reflexion de hasta dónde podrá llegar el derecho de un hombre a quien la suerte puso en posesion de algo, de un hecho cualquiera que atañe vitalmente a todos los demas. ¿Será correcto, será digno, será humano que ese hecho, que por el hecho de serlo ha ingresado al acervo comun, sea objeto de explotacion?

Sin querer se nos viene a la memoria, i a modo de respuesta, la conducta de PASTEUR entregando a la Humanidad sus jeniales descubrimientos, que fueron como la llave de oro que abrió un mundo nuevo a la investigacion, un mundo nuevo en beneficio de los que la enfermedad tortura, quizás el hecho mas culminante del siglo coloso. I luego ROUX, su discípulo, esparciendo ámpliamente su suero antidiftérico que ha enjugado las lágrimas de tantas madres que la «membrana» hería en su descendencia. I otros, i otros mas, que como PASTEUR no tuvieron otra recompensa que la dulce satisfaccion íntima i el saber, que miéntras haya hombres que merezcan el titulo de tales, su memoria será venerada porque son de los que redimen la especie, son Benefactores Humanos.

Antes de esponer lo que haya de verdad sobre el empleo del 606, permítasenos esponer algunos datos, a modo de cuestiones previas, que facilitarán el trabajo del lector.

Ante todo, debemos manifestar que la personalidad de EHRLICH (Director del Instituto de Medicina Experimental de Franckfurt a/Mein) es la de un investigador eminente cuyos derechos ya adquiridos a la gloria, son el haber tratado de identificar la constitucion íntima de la célula con la de una molécula química i, en consecuencia, el haber tratado de someter a las mismas leyes jenerales los fenómenos biológicos, tanto normales como anormales. Entre estas hipótesis talvez la mas ingeniosa i fecunda es su teoría química de la inmunidad, que nos permite comprender la esencia de esas complicadas reacciones celulares.

Es un hecho averiguado que EHRLICH con su serie de compuestos arsenicales 1, 2, 3, 4... etc, ya citados, no trataba de buscar un remedio

contra la sífilis sino contra las tripanosomiásis, especialmente contra la enfermedad del sueño, atendido al buen resultado que habia dado el arsénico en la malaria, cuyo jérmén, el hematozoario de LAVERAN, es pariente de aquellos. Así se llegó al compuesto 418 que era espléndido para el objeto i como una de éstas enfermedades presenta semejanza de síntomas con una tardia afeccion derivada de la sífilis (la parálisis jeneral), se pensó emplear este compuesto para combatirla aunque sin resultados apreciables. Fué así como se orientó la investigacion hácia la sífilis, la que tuvo como guía el hecho indicado por EHRlich, de que hai algunas sustancias que parecen tener predileccion por los treponemas, con los cuales tratarian de unirse.

Ahora bien, el problema quedó circunscrito a buscar i estudiar una serie de preparados químicos en los cuales entraran aquellas sustancias fijables sobre los jérmenes, unidas al arsénico, cuya accion sobre ellos es indudable.

Conforme con estas premisas se habria llegado a obtener así compuestos que obrarian *electivamente* sobre las células estrañas (treponemas en el caso presente) sin dañar las demas células del cuerpo, accion para la cual EHRlich ha creado el término de *parasitotropia*. Estas sustancias parasitotropas son pues lo contrario de las organotropas que influyen en todas las células del cuerpo, i su accion sobre los jérmenes seria manifiestamente destructiva, paralizante o solamente entrabadora de su multiplicacion, lo que segun él, equivale a su destruccion en plazo breve. Sobre estas bases se apoya su gran terapéutica esterilizante (*therapia sterilisans magna*) que pretende librar al individuo de sus jérmenes mórbidos con una dosis apropiada de remedio.

Desgraciadamente en cuanto a la sífilis, enfermedad esencialmente crónica, esta terapéutica esterilizante no se ha realizado aun: de los enfermos tratados con el 606 sólo la mayoría ha visto mejorar o desaparecer sus síntomas, pero las recidivas ya no se cuentan, aun en los que han recibido varias inyecciones, i para los otros, para aquellos que parecen sanados ¿quién responde del futuro dada la marcha lenta de la infeccion, su naturaleza, sus inesperadas reapariciones, ya que hoi no poseemos *ningun* método de laboratorio capaz de indicarnos siempre la presencia o ausencia de una sífilis latente? La reaccion de Wassermann i sus numerosos derivados son un «peor es nada» que no cuenta en este caso. Lo único que hai utilizable por ahora (fuera de la inaceptable reinfeccion) es el tiempo, i no algunos meses 10, 20 o 30, sino que se necesitan años, para que la clínica pueda dictar su fallo decisivo i quizás para ello sea preciso haber visto morir centenarios a los que fueron sífilíticos. Paciencia, pues, ántes de hablar en sério de la curacion de la sífilis.

Hasta aquí lo que hemos denominado cuestiones previas.

El 606, como se ha repetido hasta el cansancio en la prensa diaria, es el diclorhidrato de dioxidiamido arseno-benzol, polvo amarillo, sumamente inestable, por lo que se espande en tubos de vidrio en los que se ha hecho el vacío i que contiene 34% de arsénico incluido en su molécula benzénica, ya que este cuerpo es un derivado del arseno-benzol, preparado también en el Laboratorio Ehrlich.

Los datos que van en seguida provienen de la mejor fuente que haya para su estudio; de la Asamblea de médicos i naturalistas alemanes que hace algunos meses se reunió con este objeto en la Universidad de Koenigsberg, i a donde concurrieron los que, de un modo u otro, han trabajado con el 606; se leyeron allí una veintena de trabajos sobre este particular i se discutió mas estensamente aun.

El 606 se ha utilizado esclusivamente en inyecciones i dada su inestabilidad es forzoso prepararlas en el momento mismo de hacerlas, para lo cual es necesario sujetarse a cierta técnica, pues hai que disolver el cuerpo i neutralizar la solución obtenida, técnica sobre la cual no hai acuerdo definitivo. Cada autor cree que la suya es mejor que las otras i no parecen dispuestos a ceder.

Sin embargo, en este punto hai que anotar un progreso, i es la abolición de los dolores atroces que causaban las inyecciones; por esta razón han debido ser abandonadas las primitivas soluciones muy alcalinas, las que empleaban alcoholes (metilicos u otros) como disolvente, las que neutralizaban con ácido acético, las que agregaban empíricamente la soda, etc. La simpatía jeneral estuvo por las indoloras que emplean la parafina o el suero fisiológico como vehículos.

Respecto a la dosis que se debe inyectar, tampoco existió el menor acuerdo. EHRlich cree buena la de 0.5 gr. en la mujer i de 0.6 gr. en el hombre e insiste en que el tratamiento no concluye con una sola inyección. ALT, que fué el primero que empleó el 606, cree que no debe sobrepasarse la dosis de 0.5 gr., ni aun en individuos robustos, en vista de los fenómenos de intoxicación que ha observado; otros, la rebajan todavía hasta 0.2 gr. para las personas nerviosas; en cambio, otros jenerosamente aconsejan practicar, en todo caso, dos a tres inyecciones con 24 horas de diferencia, cada una de 0.4 gr. debiendo ser intravenosa la primera, e intramusculares las restantes. Entre estos extremos existen una infinidad de otras opiniones, cada una apoyada en tantas o cuantas observaciones i que preconizan toda una gama de dosis en forma i cantidad, las dosis proporcionadas a cada período, las dosis sumamente fraccionadas, etc., etc.

La inyección del 606 provoca una sensación de molestia local variable, casi siempre acompañada de dolor, de fiebre, que puede llegar hasta 39°, de sudores, muchas veces además, de vómitos, diarrea, desigualdad en el ritmo del corazón, albuminaria, retención de orina i materias fecales,

parálisis pasajeras i aun otros trastornos. Muertes se han observado mas o ménos en la proporción de uno por cada mil enfermos atendidos.

En cuanto a la acción sobre la sífilis la mayoría está de acuerdo en la rápida desaparición de los síntomas, sobre todo los contagiosos, lo que hace al 606 verdaderamente inapreciable para «blanquear» a las prostitutas, i en la favorable influencia que tiene sobre las sífilis rebeldes al mercurio i sobre las malignas. Algunas de las manifestaciones sifilíticas evolucionan tan ligero con una inyección de 606, que se ha llegado a suponerle otra acción, fuera de la antiparasitaria (formación de anticuerpos), que explicaría esta rapidez i en especial la precoz desaparición del dolor.

Fuera de esto su acción sobre las formas terciarias es casi igual a la del atoxil i sobre las mas lejanas aún, sobre lo que se ha clamado la parasifilis, es absolutamente nula. El mismo EHRlich recomienda abstenerse en ellas. Por consiguiente, las pretendidas curaciones de tabes, parálisis jeneral i otras afecciones igualmente graves, no pasan de ser unos indignos embustes lanzados seguramente para los fines comerciales. Son tan absurdas estas curaciones, que aun suponiendo se encontrase un remedio eficaz, este no haría otra cosa que impedir la marcha ulterior de la enfermedad; pero las lesiones producidas, que precisamente la constituyen, quedarían tales.

El 606 no se puede utilizar sino en las personas menores de 50 años que tengan sanos *todos* sus órganos, especialmente sus sistemas nerviosos, circulatorio i escretorio, sin que esto sea absoluto, pues el médico decidirá en cada caso, ya que hai algunas afecciones que no prohíben formalmente el 606. En los niños de pecho i en las embarazadas no se debe aplicar sino se quiere aumentar las listas de mortalidad infantil.

Este cuerpo debe aplicarse únicamente en los casos en que haya intolerancia para el mercurio o, cuando bien tratados por este, se presenten recidivas frecuentes, i en los casos de sífilis malignas o refractarias al mercurio. Junto con este último tiene un importante papel en el comienzo de la enfermedad i, segun NEISSER este tratamiento asociado, debe hacerse aun en la sospecha de una infección sifilítica.

Aparte de esto; se ha señalado el buen efecto del 606 en el paludismo, viruela, fiebre de recaídas, etc.

Los casos de sífilis rebeldes que se citaron no fueron escasos, así como las recidivas, que en algunos enfermos se han producido aun despues de tres inyecciones.

Si el lector nos ha seguido con atención habrá visto repetirse al hablar de este cuerpo, lo que punto mas o punto ménos hemos manifestado en cada uno de los compuestos arsenicales, lo que demuestra bien que no se trata de hechos aislados.

En resúmen, el 606 es un buen antisifilítico, que está todavía en estu-

dio como lo prueba la falta de acuerdo sobre la dosis, modo de emplearlo, i técnica de la inyeccion; que es absolutamente prematuro i falto de base científica, hablar hoy de curacion de una enfermedad que dura años; que su uso debe limitarse por ahora a los casos en que el mercurio no obra i por esto merece un sitio especial en la terapéutica, ya que caen bajo su dominio la sífilis de los tuberculosos i anémicos, en que el mercurio i iodo no están indicados i tambien las sífilis malignas o refractarias.

Respecto a su accion jeneral se puede decir que hai síntomas que son manifiestamente influenciados, otros que le resisten, que las recidivas no son raras i aun que hai numerosos casos en que es peligroso.

De este conjunto se desprende, pues, lójicamente, la nocion de que *el mercurio permanece en su sitio*, ya que sólo ha encontrado un nuevo i eficaz colaborador.

En cuanto a los pocos casos tratados en el pais (30 o mas) como no conocemos personalmente sino cuatro o cinco, en los que se justifican ámpliamente las limitadas conclusiones anteriores, no podemos emitir opiniones de conjunto, pero segun toda probabilidad los resultados no serán mui diversos de los conocidos.

* * *

Pasamos ahora al antimonio i sus sales, que despues de un largo reposo, han sido vueltos a la vida activa i rehabilitados en el tratamiento de la sífilis, porque en 1908 se demostró su favorable accion en las espirilosis experimentales i aun en la enfermedad del sueño, lo que no tiene nada de estraño conocido su parentesco con el arsénico.

Segun SALMON el antimonio es realmente antisifilítico sobre todo en combinaciones orgánicas; las inorgánicas, incluso el metaloide mismo, no tienen casi accion en la sífilis de los monos.

El medicamento de eleccion es el **emético** (tartrato antimónico-potásico) que se ha utilizado por la via intravenosa en soluciones rigurosamente neutras a 1 por mil, las que se emplean diariamente por períodos de 12 dias, comenzando por la dosis de 0,08 gr. para llegar a 0,12 gr. al final.

La intolerancia, así como las recidivas, se manifiestan rápidamente. Aquellas consisten en conjestion de la cara, comezon en la larinje, accesos de tos i dolores musculares, que aparecen ya a las pocas horas de practicada la inyeccion.

En resumen, el antimonio a pesar de sus propiedades antisifilíticas, no presenta ninguna ventaja sobre los otros medicamentos. Comparado con el arsénico su accion es siempre inferior; basta para ello observar la inutilidad del antimoniato de sodio, combinacion homóloga del arseniato de sodio, para que resulte gráficamente. Todavía, mas que eso, el antimonio no posee la incontestable accion reconstituyente de aquel, i a

mayor abundamiento, podríamos agregar que su administracion en la forma indicada no está exenta de peligro.

Seguimos ahora con los otros compuestos empleados tambien con el mismo objeto.

Por órden de antigüedad le corresponde el primer lugar al **uranato de amonio** propuesto i ensayado por AILLAUD (de Saint-Tropez, Francia) en 1907, que es un polvo amarillo, poco soluble en agua, soluble en alcohol, que posee propiedades radio-activas i que es inofensivo para los animales.

Ha sido empleado por diversos esperimentadores (WEILL JULLIEN, etc.) en suspension en aceite de vaselina en la proporcion de 5%, preparado que constituye lo que se ha llamado aceite amarillo, por asociacion simple, ya que el aceite gris es un utilísimo preparado mercurial; de este aceite amarillo se inyecta intramuscularmente un centímetro cúbico cada semana i esto durante meses.

Estas inyecciones no han producido ninguna clase de molestias ni aún dolor; tampoco se han observado fenómenos de intolerancia o de intoxicacion aún despues de 40 o mas inyecciones; por consiguiente no ha habido ni fiebre, ni enflaquecimiento, ni albuminurias, etc., etc.

En cuanto a la sífilis, WEILL sobre 40 enfermos en pleno período secundario, que han sido tratados durante dos i medios meses en la forma indicada, ha obtenido rápida mejoría en 25. Resultados mui semejantes ha obtenido JULLIEN.

Tales datos nos autorizan a escribir, a pesar del corto número de observaciones, que el uranato es realmente eficaz en el período secundario; pero, como el mismo WEILL declara, esto «no basta para destronar el maravilloso agente terapéutico que es el mercurio».

Viene en seguida el **clorhidrato de quinina**, verdaderamente heróico en las fiebres palúdicas i que LENZMANN (1908) utilizó contra la sífilis basado en el parentesco de los jérmenes respectivos, base que, como ya sabemos, utilizó tambien EHRLICH aunque por otro camino.

Para que este remedio obre con la debida eficacia, es necesario que se encuentre a dosis suficiente en el torrente circulatorio i asi este autor se vió compelido a practicar inyecciones intravenosas de 0,3 gr. a 0,5 gr. i aún de 0,8 gr, las que al principio se hacen con 24 horas de intervalo, despues cada tres a cuatro dias hasta enterar 6 a 8 grs. de la sal, que es lo que necesita una curacion por término medio.

Las inyecciones suelen producir lijeros vértigos, aún conjestiones de la cabeza, pero, en jeneral, estos síntomas se disipan rápidamente.

Los resultados obtenidos, puede decirse, son satisfactorios; pero para ellos vale tambien la observacion que apuntábamos en el caso anterior.

Para terminar esta rápida reseña debemos mencionar los resultados obtenidos con un cuerpo, en el cual se encuentran reunidos los elementos antisifilíticos de mayor eficacia; lo que a primera vista parece la resolucion

del problema de la sífilis, i que, sin embargo no ha correspondido a las expectativas que en él se cifraban. La esplicacion de este hecho, en apariencia paradójal, está quizás en que el poderoso mercurio está incluido en una molécula compleja; porque sabemos que un elemento químico es tanto mas activo cuanto mas fácilmente puede ponerse en libertad en condiciones determinadas.

El **enesol**, salicilarsinato de mercurio, fabricado por los Laboratorios Clin, es un polvo blanco, soluble en agua, alcohol i acetona; sus disoluciones son incoloras i no coagulan la albúmina, lo que no debe estrañar pues tampoco dan precipitado por los reactivos ordinarios del mercurio o del arsénico i sin embargo, contiene 38 % del primero i 14 % del segundo, que a juzgar por lo que antecede, están bastante disimulados. Es mui poco tóxico (70 veces menos que el biyoduro.)

Se le ha empleado desde 1904 por diversos investigadores, disuelto en agua, a la dosis de 0,03 a 0,06 gr., cada dos dias por series de 10 a 20 inyecciones subcutáneas. Estas no son dolorosas i no se han señalado accidentes consecutivos a su empleo.

En cuanto a la accion del enesol sobre la sífilis, es inferior segun parece, a la de los compuestos mercuriales de uso diario. Sin embargo en circunstancias especiales puede prestar mui útiles servicios.

Hemos llegado al término de este trabajo i a modo de conclusion jeneral damos nuestro convencimiento de que hasta hoi, como dice pintorescamente un autor, no hai motivo suficiente «para cometerle infidelidades al mercurio»; i este convencimiento se hace tanto mas necesario manifestarlo cuanto que, despues de porfiada campaña i cuando ya el público habia comenzado a imponerse de los beneficios del tratamiento mercurial, se le deja de repente en la duda con el 606 i se le desvia así del único antídoto conocido de la sífilis; hecho que envuelve ademas un serio peligro porque de esta manera se menosprecia lo único verdaderamente seguro, el «viejo i bien probado mercurio», para lanzarse tras la quimérica esperanza de una curacion problemática, i, entretanto, la insidiosa enfermedad gana terreno.

Para nosotros este es un deber de conciencia i nada es mas difícil, en este caso, que manifestar la verdad,— que tañerá desapaciblemente en nuestro *laissez faire* proverbial;— pero nos queda la satisfaccion de haber emprendido una obra justa i necesaria, sobre todo necesaria, para evitar, aunque sea en parte, la explotacion de desgraciados enfermos. I en esta obra felizmente no estamos solos, pues, aunque discretamente, se han dejado oir ántes algunas palabras convencidas i mas autorizadas que la nuestra.

Válganos de escudo el hecho de que *la verdad, aunque salga de una boca desconocida, es siempre la verdad.*

Enero 1.º de 1911. ~~~~~

El fuego

La Flor Roja, la mas extraordinaria de las flores, la que lleva el espanto a los salvajes habitantes de la selva con sus pétalos largos i múltiples como los de una chrisanthea ardiente i colosal, se enseñoreó de mi casa, ocupó mi hogar, reduciendo a cenizas trabajos realizados, i creed que, si hubiese sido posible, agostara los recuerdos, i al tener consistencia el por venir, hubiera recorrido la cadena de los años futuros hasta consumir la eternidad.

Fué, no os lo podéis imaginar, un espectáculo soberbio i cruel con el cual ¡oh alma local! maravillado sufría.

El salvamento! Os ayudan unos cuantos vecinos de buena voluntad, otros tantos ladrones i muchachos que entran i salen a la carrera llenos de una satisfaccion estraña al sentirse hábiles i útiles. Estos diablejos darán en seguida alas a su imaginacion cuando relaten a sus abuelos, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, hazañas estupendas.

Como continuamente me ocupan pensamientos que se ligan a las cosas que no los poseen; como soi en ocasiones voz puesta al servicio de los sin voz, sentí que el incendio queria hablar por mi intermedio. He aquí, en órden de nacimiento, sus ideas locas.

«Tú que guardas preferencias por tu labor intelectual, juzgas que la olvidaste del modo mas grosero. No te inquietes, que nada de eso ha sucedido. Acontece que, ante los trances duros, los valores de la vida cambian. En medio de una existencia muelle i fácil, prima lo que colma tus goces, tu orgullo, tu parte de vanidad. Ante una catástrofe, la miseria de tu cuerpo adquiere un valor insospechado i así salvas tu vida dispersa en tu mujer, en tu hijo... ¿Has hecho otra cosa?

Cuando fuiste por tus poemas, ya te habia cerrado el paso i los leía ávidamente, tan ávidamente que los consumí.

No te apesadumbre su pérdida. Los aprecié con justicia i puedo declarar que sus méritos quedaron de manifiesto en la llama pequeñita que brotara de cada uno de ellos. No puedes, si, compararlas con las que floreció la madera de tus muebles; ella habia sido cuerpo de los árboles, tierra hecha verdura, agua de mar caída de la lluvia.

Un pensamiento aislado da una llama insignificante; pero imperecedera. Ella es vuestra Flor Roja. I cuando la muerte te consuma, cuando de tu voz no quede la memoria, no habrán podido morir tus pensamientos, porque no viven en tí, ni en ellos mismos. Son eternos; vienen crista-

lizándose desde aquella época fabulosa en que nada se habia separado i en que toda era una sola i palpitante inconsistencia.

La muerte nada agota; morir es transformarse. Mutaciones continuas que no podrán lograr que algo desaparezca para siempre. Oye, tú; la nada es ya imposible! En las nieblas, en la sombra, en el silencio que pudiera seguir a la desaparicion del universo, quedaria prendido, de una manera imperdurable, todo lo que fué.

Cada hecho, por insignificante que sea, lleva, como un estribillo eterno, un eco que se hará sensible en toda circunstancia, estendiéndose mas allá de los límites ponderables.

Os dije que ante una catástrofe los valores de la vida cambian; pero, si quieres avaluar con justicia, debes suprimir la nerviosidad que entraba, el temor que ofusca.

Despues de lo dicho, i tranquilo como ya te encuentras, da valores a tu vida para la vida i para la muerte. Hai algo que es lo primero; búscalo! Vive como ante la inminencia de un peligro i, al poseer la serenidad, serás risueño i justo.

Si en guerra por la paz suspiras, si el dolor os mueve a buscar la alegría ¡qué la muerte aconseje a la vida! es el secreto. Ser hoi plenamente, i serlo con mirada de futuro.

Así será

Por un monton vano
de tierra mas vana,
no es justo que llores:
nadie llora nada.

Otros labios ávidos
tocarán tu cara.
Déjalos que besen,
tambien son fantasmas.

Yo tendré en los ojos
dos nidos de larvas
cuando otras pupilas
te miren la cara.

Cuando en otros brazos
se doble tu espalda,
yo tendré en las manos
raiz de campánulas.

I bajo la tierra
vana, pero santa,
—oh, don de los dioses!—,
no he de sentir nada.

ENRIQUE BANCHS

De C. VIÑUÑA FUENTES

Nuestra crisis moral, segun el Dr. J. Valdés Cange

Cartas a don Pedro Montt (1909).
Sinceridad (1910)

I

En Julio de 1909 publicó el doctor J. Valdés Cange sus «cartas a don Pedro Montt sobre la crisis moral de Chile en su relacion con el problema económico de la conversion metálica,» folleto de cien pájinas que pasó casi inadvertido para el público estudioso. Tanto se habia dicho, hablado i publicado sobre la cuestion económica, tantas teorías buenas i malas, tantas patrañas, mentiras i sofismas habian circulado, que las cabezas, fatigadas de esa balumba confusa, no querian ocuparse ya de un problema que veian cada dia mas oscuro i embrollado. Así se esplica que cayeran en el vacio las «Cartas» del doctor Valdés Cange, libro nuevo por su fondo, altamente jeneroso por su espíritu i rigurosamente científico por su método histórico.

La primera de esas cartas trata de nuestra crisis moral i administrativa, que mejor debiéramos llamar crisis social, porque están sus raíces principalmente en la monstruosa organizacion oligárquica de nuestra sociedad, i en la pérdida completa del sentido social, (no propiamente moral) que se nota arriba i abajo. En los oligarcas su síntoma fundamental es una codicia desenfrenada que ha perdido todo pudor; en las clases malamente llamadas medias, que son hoi por hoi las superiores por su cultura, ha atacado la misma enfermedad i es su síntoma otro tan grave como aquél: la cobardia moral, pues como lo dice mui bien el doctor Valdés Cange, «mas que la ceguera nos impide despegar los labios la cobardia» (Carta primera páj. 32). «Es esta falta de valor moral el síntoma mas alarmante de esta sociedad enferma; casi me atreveria a decir que, mas que un síntoma, es la dolencia misma. En efecto, si se buscan las causas primeras de las prevaricaciones, los robos, los escándalos, las grandes caídas, la prostitucion de familias de buen tono, encontramos como principal i casi siempre único orijen, la cobardia moral, en unos, para afrontar dignamente las adversidades, en otros para resignarse a la condicion modesta que les cupo en suerte i en los demas *para censurar los actos que repugnan a su conciencia*. La cobardia es contagiosa i nos ha dominado a todos. He ahí un hombre honrado i bueno, i que, no obstante, no sólo no dice una palabra contra los viciosos opulentos i los malvados de alto coturno, sino que

transije con ellos, i les sonríe i se les inclina respetuoso, i los lisonjea i se arrastra a sus pies» (Ibid. pájs. 32 i 33.)

He dicho que ésta no es, a mi juicio, una crisis moral, en el sentido amplio, pues crisis moral significa estravío jeneral de las nociones biológico-sociales de conservacion i progreso, en su doble aspecto ontojenético i filojenético. Nuestra crisis no afectá los elementos biológicos, por lo ménos de un modo jeneral, i sí los elementos sociales superiores; es, pues, la nuestra una crisis social o, en otros términos, parcialmente moral. Esto no quiere decir que el mal esté circunscrito a los elementos superiores, a la oligarquía. Ello es imposible: la difusion del virus corruptor se hace seguramente i llegará un momento, si el cauterio no nos salva ántes, en que, corrompidos ya todos los órganos vitales del país, el mal no tenga remedio. ¿Qué reacciones pueden esperarse de un órgano podrido? La propia oligarquía está ya perdida sin remedio, i habrá necesariamente que cercenarla, ya por la vía ordinaria del derecho, ya por la vía ejecutiva i soberana de los hechos. Es inútil pensar que la salvacion debe «venir de las alturas», como quiere el doctor Valdés Cange (Sinceridad, páj. 11), porque son las alturas las enfermas, i mal nos pueden dar una salud que no tienen, i porque en esas alturas se marean i corrompen cuantos van de abajo, armados de jenerosos ideales, a purificar aquella atmósfera malsana. La salvacion ha de venir de abajo, de los profesores, de los escritores, de los pensadores; ha de venir de la lenta i segura elaboracion de la mentalidad i del carácter de las jeneraciones futuras. La formacion del carácter será, sobre todo, el elemento primordial, pues cuando haya una falanje de hombres resueltos, capaces de aplicar sin vacilaciones pueriles el hierro candente a la úlcera grangrenosa, se verá, como por encanto, volver la salud i la vida a este cadáver de patria escarnecido.

La segunda carta a don Pedro Montt i su *post-scriptum* estudian el problema económico de Chile, principalmente en su aspecto monetario. El doctor Valdés Cange es el único que ha estudiado con un método verdaderamente científico este problema, esto es, determinando i justipreciando sus factores con un criterio rigurosamente histórico. En el mundo científico de hoi día, siempre que quieren estudiarse cosas humanas, el único medio aceptable es el histórico. Sea que se analice la lengua, sea que se interpreten los fenómenos económicos o que se estudien las instituciones sociales i jurídicas, sólo el método histórico puede emplearse con provecho i sólo él puede dar un concepto claro i científico del fenómeno estudiado. Esto no quieren verlo o aparentan despreciarlo los sofistas i los charlatanes, que demuestran siempre *a mas b* cuantos absurdos cruzan sus cráneos vacíos; abusan de las dos limas viejas del silojismo i del dilema i creen, mui orondos, que con torcerles las narices a dos o tres palabras han probado *quod erat demonstrandum*. «Nadando entre dos aguas, ocul-

tándose por aquí, inclinándose por allá, dando rodeos por acullá, aparecen constantemente los abogados, los leguleyos que, defendiendo una tesis, tratan sólo de alcanzar el triunfo del momento i para este fin aducen citas que mañana pueden retorcer i emplear en la defensa de un asunto contrario; se pescan de una frase, de una palabra, sin querer tomar en cuenta el fondo, el espíritu!... *No han tenido el valor de examinar las cosas por sí mismos*, de ver con sus ojos, de pensar con su cerebro, i se han contentado con ir a parafrasear a Julio Zegers o a cualquier otro economista adocenado. («Cartas», pájs. 102 i 103).

Prolijo en extremo seria seguir al doctor Valdés Cange en su maravillosa interpretacion histórica de nuestra vida económica: en esta parte de su trabajo es, en todo rigor, un vidente que percibe con absoluta claridad todos los detalles del drama económico-social que, desde el año 78, ha venido taladrando el estómago, oscureciendo el cerebro i atrofiando el corazón de los chilenos, i llenando las fauces insaciables de la oligarquía agricultora i bancaria. Hai, sobre todo, en estas páginas, unas doce (45 a 57) destinadas a estudiar la revolucion del 91, aquella dolorosa convulsion que el doctor Valdes Cange, es el primero en interpretar científicamente como un fenómeno puramente económico. Hai todavía muchos desgraciados que se imaginan que hacen la historia de la crisis revolucionaria, cuando nos cuentan detalles ridículos i pueriles como la renuncia bombástica e insolente de algun empleadillo de correos, i se dejan en el tintero toda la trama sombría de nefandas e impúdicas ambiciones, que pugnaban rujientes i voraces en torno del cadáver de la patria. Allí está en esas páginas llenas de fe, de valor i de sinceridad, historiada toda la negra maquinacion revolucionaria, analizadas sus causas i desmenuzados sus pretestos. Ya ha llegado la hora de decirlo: la revolucion del 91 no fué sino el triunfo de la oligarquía agricultora i bancaria contra un hombre de jenio, el único hombre público chileno que ha sabido comprender sus deberes de patriota i de hombre, el único que ha sabido anteponer a los mezquinos intereses personales i de clase, los bien entendidos intereses populares.

No es mi ánimo resumir aquí los principios económicos del doctor Valdés Cange: las teorías no se resúmen, pues trucas i quintesenciadas pierden todo en valor, quedan como órganos anémicos faltos del riego fecundante de sangre que le dan los hechos positivos. Quien quiera divisar la verdad, incline su espíritu curioso sobre las páginas vibradoras i sobrias de la segunda carta a don Pedro Montt i de su *post-scriptum*. Allí la encontrará.

II

Caidas en el vacío las «Cartas a don Pedro Montt», aumentando cada día la corrupción administrativa i la desmoralización social, se vió el doctor Valdes Cange en la necesidad de acudir nuevamente a la brecha abierta por él en 1909, i dió a luz en Diciembre pasado su nueva obra «SINCERIDAD», con el sub-título de «Chile íntimo en 1910». Este libro, que completa i sintetiza al anterior, ha tenido un éxito formidable. La prensa, sin embargo, parece no haberlo notado siquiera.

¿Cómo va a ocuparse esa altísima señora, de libros que tienen trascendencia social cuando le roban sus columnas asuntos tan interesantes como las carreras de caballos i las sapientísimas palabras que caen de vez en cuando, de boca de los politicoides del día? Este silencio no arguye nada contra el libro: al contrario, lo dignifica i exalta, pues indica claramente que el libro está por encima de sus ignorancias, por encima de sus cobardías, por encima de su envilecimiento moral, por encima de su mentecatez. El propio doctor Valdes Cange caracteriza a esta prensa cobarde i rastrera, en pájinas que no son ciertamente inferiores a las que Eça de Queiros pone en la pluma lapidaria de Fradique. (Sinceridad, pájs. 213 a 219). I no están allí todas las muestras del envilecimiento de la prensa, pues estas son innumerables i se repiten a diario. No hace muchos días un periódico de la capital dió con grandes letras la noticia de haberse recibido de abogado un jóven de grandes vinculaciones sociales, pariente de casi todos los presidentes de Chile, (aquí en Chile el que es pariente de un presidente, lo es, sin gran esfuerzo, de todos los demás). El diario con una complacencia verdaderamente servil, dió dos veces, mui regocijado, la fausta nueva, i se hacia lenguas de los portentos del jóven abogado (cuya memoria habia sido una obra maestra) i agregaba, sin asomo de ironía, que el foro chileno hacia una valiosa, inapreciable adquisición: ¡i, sin embargo, todos los que conocemos un poco la Universidad, sabemos que el jóven aquel—que sólo una complacencia inaudita, pudo unjir abogado,—es un pobre ser, por cuyo cerebro jamas, jamas ha atravesado una idea, ni por equivocación. I ello no es todo: otro diario que alardea de honrado i justiciero publicó, no ha muchos días, mui orlado de ditirambos laudatorios, el retrato de un jóven político (sic) que ha llegado a los mas altos puestos públicos despues de haber dejado en las aulas fama de necio: jamas pudo pasar del segundo año de humanidades de un colejio de la capital, no por falta de recomendaciones ni por falta de constancia, sino por incapaz. ¡I así hai un diario que con alborozo publica su retrato i lo endiosa, i lo hace creerse, probablemente, el hombre representativo de la patria! No es de estrañarse pues, si esta misma prensa sin ideales i sin

honradez, se ha encojido de hombros, con un mohin de desprecio, ante el libro *Sinceridad*.

Explica el doctor Valdes Cange el oríjen de nuestra crisis social por el curso forzoso de papel-moneda instaurado el 78 i mantenido artificialmente hasta el dia por la oligarquía agricultora que ve en él la panacea de todos sus males. Los grandes oligarcas, dueños de latifundios enormes, son en jeneral, rutinarios, ignorantes, indolentes i rapaces. Quieren, viviendo holgadamente en Santiago o en Paris, que sus fundos produzcan en abundancia, sin abonos, sin trabajo científico, sin cuidados i con procedimientos que eran arcaicos en el siglo XVIII. Su rapacidad insaciable los lleva a pedir cambio mas i mas bajo cada dia, para pagar en moneda depreciada a sus trabajadores i, sobre todo, para pagar sus deudas hipotecarias, contraídas muchas a 35 d., en papel moneda de valor irrisorio. El cambio bajo beneficia esclusivamente a los grandes agricultores, que son una mui escasa minoría de ociosos, i perjudica enormemente a la inmensa mayoría del pais trabajador (obreros, empleados, comerciantes e industriales). (*Sinceridad*, pájs. 1 a 26). A esto se agrega que el réjimen de papel-moneda es contrario al desarrollo industrial verdadero, porque aleja los capitales, los cuales, con él, sólo se arriesgan en negocios aleatorios de proporciones gigantescas que esquilman al pais. El resurjimiento artificial de las industrias es tambien dañoso: las industrias ficticias son una carga para el pais, porque, o viven de la prima que les paga el estado (que es quizas el único medio racional de protegerlas), o viven, lo que es mil veces mas odioso i ménos eficaz, de la proteccion aduanera (páj. 31).

Despues de estudiar el empobrecimiento del pais (pájs. 31 a 40,) pasa el doctor Valdés Cange a la «decadencia i corrupcion de los partidos,» los cuales, por uno de esos fenómenos de supervivencia tan comunes en las instituciones sociales, siguen gobernando políticamente al pais, a pesar de haber cumplido su mision mucho tiempo ha. Hoi las partidos políticos son cacicazgos oligarcas, sin ideales sociales ni políticos en el recto sentido de la palabra, que han hecho del gobierno del pais un carnaval grotesco i doloroso (pájs. 43 i sigs.) De este entronizamiento oligarca, impúdico i audaz, se siguen casi todos los males que enumera en su libro el doctor Valdés Cange, los males en el orden administrativo (corrupcion i favoritismo); en el órden social (separacion profunda de las clases sociales, culto al dios éxito); en las instituciones armadas (embrutecimiento, envilecimiento i desmoralizacion de los elementos militares); i sobre todo, los mas dolorosos quizas, los males en la instruccion. Estudia estos males el doctor en 80 pájinas (66 a 140), analizando sucesivamente la instruccion primaria, la secundaria, la especial, la superior i la privada. Son ochenta pájinas nutridas de hechos dolorosos i vergonzosos i, para mengua nuestra, estrictamente ciertos. Hai jentes por allí que dicen i repiten que esta pár-

te del libro está llena de exajeraciones, pero los que conocemos por el revés los tapices bordados de nuestra instruccion pública, podemos decir—si es que somos sinceros—que mas de una vez han sido pálidos, mui pálidos los colores del doctor, para pintar sus agujeros i sus manchas. Así por ejemplo (para no citar sino un solo caso) ¿qué grandes cosas dice el doctor Valdés Cange del curso de Derecho? Casi nada. I cuánto no habria podido decir de ese curso donde la enseñanza verdaderamente científica es desconocida! Sólo dos o tres profesores enseñan su ramo desde un punto de vista histórico-social; los demas mencionan este punto una vez, en lo que Ferri llama «el capítulo soñoliento de las ciencias ausiliares» i no vuelven mas sobre ello. Los profesores del curso de Derecho, abogados distinguidos en su mayoria, ya por su dialéctica fina para ganar pleitos, ya por sus antecedentes de familia, ignoran en jeneral los mas elementales principios de la pedagogía moderna, i quizas no hai en el curso de Leyes sino uno solo que haga una clase verdaderamente interesante. El resultado lastimoso es que la cimarra toma proporciones gigantescas i que sólo asisten con regularidad a clase los ineptos, los que *por su año* (entiéndase por su asistencia regular) quieren sacarse unas miserables tres blancas o una negra el dia del exámen. ¡I cuánto mas no pudiera decirse del curso de Leyes! Baste notar que hai ramos absolutamente añejos i ridículos, como el llamado: Derecho Canónico que hoi ha cambiado de etiqueta i se llama pomposamente «Historia Jeneral del Derecho» aunque es siempre ogaño como antaño, el mismo brevaje indijesto. El orden de los ramos no es tampoco de los mas pedagójicos; *ab uno disce omnes*: La filosofia del Derecho—que no es ni filosofia, ni derecho, ni cosa parecida—se estudia en el *primer año* (!), como si fuera posible que unos boquirrubios recién salidos de las humanidades, pudieran hacer filosofia del derecho! de una cosa que no conocen i que ni siquiera empiezan a estudiar en el primer año, pues los otros ramos del curso son la economia política dogmática, ramo qué no tiene atinjencia directa con el derecho i el Derecho Romano, que es tambien un ramo filosófico i debiera estar, como la Filosofia del Derecho, al fin de los estudios legales. El resultado de este estado de cosas tiene que ser desastroso: los alumnos aprenden *de memoria* una serie de teorías que comprenden a medias i cuyo alcance filosófico no son capaces de aquilatar. Este aprendizaje carece en absoluto de valor práctico i, lo que es mas grave, de valor educativo. ¡I asi hai jentes que dicen que el autor de *Sinceridad* es exajerado! i estas cosas, i muchas mas que pudieran decirse, apénas si las ha insinuado!

III.

¿Cuáles son las reformas urgentes que reclaman estos males sociales, políticos, económicos, de todo orden? El Dr. Valdes Cange destina las últimas cien páginas de su libro á esta difícil i compleja cuestion; pero, siguiendo mas su espíritu que sus palabras, podemos resumir esas múltiples reformas de detalle, en una sola reforma fundamental: la destruccion de la oligarquía. A este punto céntrico han de converjer todas las reformas que quieran establecer los hombres de corazon sano i espíritu jeneroso:

1.º La reforma de la lei electoral que arrebate de una vez el predominio político a los farsantes i a los traficantes de conciencias (pájs. 254 i sigs);

2.º La *lei agraria* que acabe con los *latifundios* i los caciques rurales i que sería quizás el golpe de muerte de la oligarquía i el oríjen de una época de prosperidad agrícola i de mejoramiento social i moral para todo el pais;

3.º Las reformas de orden social, sobre todo las reformas educativas, que tiendan a formar *hombres*, bien preparados científicamente, de ideales sanos i caracteres templados. Esos hombres formarán un dia una opinion pública honrada i justiciera, que ha de ser la depuradora de la patria.

Esa opinion pública se forma por los maestros i por el ejemplo; tambien la forman el libro i el folleto. Los que escriben para el público se echan a cuestras una gran responsabilidad, i si no han de ser absolutamente sinceros, si no han de decir la estricta i santa verdad, mas bien que enfunden sus plumas vacilantes, antes que sembrar la cobardía i el error. El sembrador de ideas no ha de arrojar al surco de las intelijencias mas que simiente sana, la cual fructifica siempre, aunque el campo lleno esté de piedras i de cardos. El sembrador honrado de ideales i de verdad, merece bien de los hombres: el Dr. Valdés Cange merece el cariño i el agradecimiento de todos los chilenos.



Bibliografía

SOTTFRIED EPHRAIN LESSING, *Laocoonte o de los límites de la pintura i de la poesia*. Traducción del alemán por Luis Casanovas. F. Sempere i Cía., editor, Valencia.

La traducción publicada recientemente por la casa editora de F. Sempere de la obra maestra de LESSING *Laocoonte*, escrita a mediados del siglo XVIII, tiene un valor inestimable, pues, con su lectura se darán cuenta cabal los mas de que, miéntras en España i Francia comenzaba a forjarse la escuela romántica, ya en Alemania un Winckelmann (1717-1768) un LESSING (1729-1781) i poco mas tarde un Richter, (1763-1821) echaban las bases de la preceptiva estética en obras tan sesudas como *Historia del arte en la antigüedad*, *Laocoonte*, *Dramaturjia de Hamburgo* i *Teorías Estéticas*.

LESSING es uno de los mas altos precursos de los modernos estetas. Ni un Menéndez i Pelayo entre los antiguos, ni un Benedetto Croce, entre los contemporáneos, han escapado a su influencia.

Cuando en Paris Edmundo de Goncourt escribió, a propósito de un libro del autor de *Mademoiselle de Maupin* diciendo que «Gauthier es ante todo un poeta que pinta» se promovieron no pocas polémicas en los cenáculos literarios por la frase aquella, que pretendia confundir dos ramas del arte en una. Sin embargo, mui a pesar de los asustadizos, ya un siglo ántes el autor de *Laocoonte* hablaba de los poetas que poseen el arte de pintar, con lo cual, dentro de su riguroso concepto crítico de la preceptiva, LESSING acaso preveía la no lejana época en que la literatura, valiéndose de sus moldes prefijados, llegara a hermanarse con la pintura i con la música. Así al hablar de un pasaje de *La Eneida* sobre los límites de los procedimientos descriptivos, deja entrever lo que talvez no espresó temiendo faltar a las reglas clásicas: «Si por este motivo—dice—se le quisiera aplicar lo que el viejo artista decia a un discípulo que habia pintado una belleza mui adornada: «No has podido pintarla bella i la has pintado rica», Virjilio responderia: «No es mia la culpa, sino de los límites de mi arte, i así el mérito consiste en haberme sabido encerrar en dichos límites». Pero, sin embargo, en ciertos casos: «Puede decirse tambien—agrega LESSING, comentando a Estacio—que solo el poeta posee el arte de pintar con rasgos negativos i de confundir juntas dos imágenes, gracias a la combinación de estos rasgos negativos con otros positivos. Ya no es la dulce Vénus; sus cabellos no están sujetos con el anillo de oro; su vestido de agua no flota alrededor de su talle; ahora se presenta armada de otras llamas mas terribles i de otras flechas mas agudas, i va acompañada de las furias, a las cuales se parece. Pues porque el artista está privado de este procedimiento ¿debe tambien abstenerse de él el poeta? Si la pintura quiere ser hermana de la poesia, que no sea a lo ménos una hermana celosa, i que la mas jóven no prive a su hermana mayor de los adornos que ella no podria llevar». De todo lo cual resulta que LESSING, reconociendo claramente la necesidad de limitar las diversas ramas del arte, sobre todo la pintura i la poesia, acepta que estas se acerquen entre sí i se integren co-

mo elementos de espresion. Mas tambien huelga examinar si el pintor i el poeta han obrado con toda libertad «si libres de todo obstáculo exterior han podido proponerse por fin único, el supremo efecto de su arte.» Por cierto que LESSING al tratar de establecer una reparacion, ha pretendido dar a cada una la mayor amplitud posible, dentro de la perfeccion estética, apartándolas de las confusiones que pudieran ir en detrimento de su universalidad. «Pero como hemos observado ya—dice—el arte, en los tiempos modernos, ha ensanchado considerablemente sus límites. Su imitacion, dicese, se estiende a toda la naturaleza visible, de la cual la belleza solo forma una ínfima parte; su primera lei es la verdad i la espresion, i de igual modo que la misma naturaleza sacrifica en todos instantes la belleza a destinos mas elevados, el artista debe tambien subordinarla a su plan jeneral, sin limitarse a representarla en mas de lo que permiten la verdad i la espresion. Basta que, por medio de la verdad i la espresion, lo feo de la naturaleza se trueque en bello en el arte.»

MAURICE BARRÈS, *El jardín de Berenice*. Traducción del frances de Guillermo Abello Salcedo. Luis Michaud, editor, Paris.

La casa editora Michaud, de Paris, ha publicado, traducido al español, la hermosa obra de MAURICE BARRÈS, *El jardín de Berenice*, ilustrada por el conocido dibujante parisino Geo Dupuis.

Para los que gustan de la buena literatura ningun presente mas delicado que un libro de Barrès. Este amable filósofo de salon, discípulo de Taine i de Bouget, que a pesar de su refinamientos artísticos es un nacionalista furibundo, esconde el tesoro de un alma romántica, soñadora, abierta a todos los vientos, de las mas bizarras emociones estéticas. No sin cierta razon un crítico aleman le ha llamado «dilettanti renaniano disfrazado de patriota positivista.» Bien sabido es que Barrès forma en la cámara francesa en el número de los diputados nacionalistas, dispuestos siempre a darle un zarpazo a la *bête prusien*. Sin embargo a pesar de su programa político este hombre ha producido ya una serie de libros, novelas, estudios críticos, crónicas de viaje, que le han valido un sillón en la Academia.

Un aficionado a buscar caracteres plutarquianos para una nueva serie de vidas paralelas modernas, podria escojer la de Barrès, como el mejor ejemplo de trabajo porfiado por alcanzar un fin. Es un arrivista empecinado. Es preciso triunfar se ha dicho para sí, no importa por que medios.

Recien salido de las aulas universitarias su sola preocupacion fué la de sobresalir de la vulgaridad ambiente, aun cuando fuese necesario para ello, distinguirse mediante las mas olímpicas ridiculeces. Asi vivió un tiempo en pleno *boulevard* Hausmann, sin poseer un franco, gastando el lujo de ostentar a la puerta un laçallo emperifollado, con suntuoso librea i que tenia la rigurosa consigna de responder, en toda ocasion, a los visitantes: «El señor no está visible.»

Por aquel tiempo Barrès estudiaba mucho, leia bastante, i soñaba, encerrado en un tercer piso, en la manera de darse a conocer de algun modo. Frecuentó los cenáculos literarios; admiraba a éste, ponía en berlina a aquél i pontificaba con cierta autoridad de *petit maître*. De aquí que un buen dia un diario de Paris anunciara: «Hoi a las 5 de la tarde *conferencia de Mr. lepetrimetre*, haciendo en la escritura un *calembour* franco español.

Años mas tarde Barrès se constituyó en el hierofante de la enerjia

individualista. Tuvo su cátedra i daba lecciones del culto del yó. No pocos muchachos, amantes de bizarrías supremas, fueron sus discípulos. Uno de ellos escribió un libro titulado *Mon maître Maurice Barrès*. Por cierto que nadie leyó el volúmen, mas, ya el público comenzaba a preocuparse de aquel profesor de sutiles extravagancias.

Todas aquellas sabias lecciones del *culte du moi* aparecieron, algunos años mas tarde, publicados en la introduccion del libro *Sous l'oeil des barbares*, cuando ya era conocido del todo Paris intelectual. Luego escribió *Le jardin de Berenice*, *Du sang, de la volupté et de la mort* i su famosa serie de novelas nacionalistas, desde *Au service de l'Allemagne*, hasta *Colette Baudroch*, aparecida hace dos años solamente.

En 1906 fué elegido Maurice Barrès miembro de la Academia Francesa, i, desde entónces, puede decirse que su nombre ha cruzado todas las fronteras.

GEORGES D'ESPARBES, «*El Tumulto*».—Traducido del frances por Enrique Diez Canedo.—Ollendorff, Paris.

Elegantemente editado por la casa Ollendorff de Paris, ha aparecido traducido al español por el poeta Diez Canedo, el último libro de GEORGES D'ESPARBES, «*El Tumulto*», serie de cuentos épicos histórico líricos.

Como la famosa «*Legende de l'Aigle*» es este libro un canto épico, escrito en cuentos vibrantes i heroicos, al heroismo de la Francia republicana que sostuvo contra Prusia, Austria, Italia, España, Inglaterra i Rusia, la mas formidable lucha que vieran los siglos.

Si la historia ha conservado en grandes hechos, los rasgos colectivos del pueblo frances durante los primeros años de la Revolucion, tócale al novelista cantar al heroismo anónimo de sus soldados, mitad leones i mitad centauros.

ES GEORGES D'ESPARBES quien, con una vision artística mui acabada, talvez demasiado lírica, ha realizado el grande ensueño de ser el poeta del águila napoleónica i de la Francia heroica de la república.

ES «*El Tumulto*» como «*La leyenda del Aguila*», lo mas bello i lo mas puro de la moderna literatura francesa. No hai en este libro ni psicologías complicadas, ni refinamientos escabrosos; todo en él acusa a un altísimo poeta, que, con ser tan frances, encanta i acaba por ganarnos a su favor, o, mas bien dicho, a la causa francesa. Es que nunca un escritor, con tal imaginacion i tal lirismo, alcanzó a darnos la impresion que esta obra de D'ESPARBES produce; esto es, de terror i de admiracion extralimitada. Cada soldado i cada *citoyen*, es, en «*El Tumulto*», un heroe i un poeta. No vacilan, no reflexionan cuando, como en sus casos, se trata de una causa de honor i de gloria. I D'ESPARBES ha barajado en las páginas de «*El Tumulto*», a toda esta canalla gloriosa, con la matemática maestría de un jeneral, que esta vez es una especie de Atila de la literatura heroica.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ, «*Los Nuestrós*».—(estudios de crítica).—Martin Garcia, librero editor, Buenos Aires.

El conocido literato arjentino don EDUARDO ACEVEDO DIAZ ha reunido en un volúmen, una serie de estudios de crítica histórica, literaria i social, que intitula «*Los Nuestrós*» por tratarse en ellos, especialmente, de asuntos arjentinos.

Un análisis somero del libro no daría una idea cabal de su contenido, mas, encontramos en las primeras páginas unas palabras proemiales que

esplican, en síntesis, los procedimientos de su autor: Dice: «Dos son los métodos que seguiremos, según fuere el carácter de la obra criticada. Si ella se consagra a la literatura pura, la psicología será la base i fundamento de nuestra crítica. Se examinará tanto el libro cuanto el sentimiento estético i la imaginación del autor en sus relaciones con aquel. Nos domina el prurito de buscar las causas i tal vez pequemos de estrechos en algún momento; pero no concebimos el estudio de la producción sin el de la facultad creadora del artista. La crítica que no encuadre en este cánón está destinada a caer en falacia, puesto que olvida antecedentes necesarios, que pueden ilustrar el juicio ulterior.»

Una vez leídas estas palabras proemiales, ya puede el lector, sin recelos, emprender la lectura de este libro, con la seguridad de que encontrará en él no pocas sorpresas agradables. A pesar de la gravedad con que su autor habla de la crítica, ha tratado el de desligarse en lo posible de la preceptiva retórica al juzgar a los escritores i poetas que figuran en «*Los Nuestrós*». I casi me atrevería a decir que la lectura de éste volumen deja en el lector la idea de que su autor se ríe, para su majín, de todo lo que se llama crítica oficial.

Los libros que analiza el señor ACEVEDO DIAZ, «*Rosas i su tiempo*», del doctor José M. Ramos Mejía; «*La gloria de don Ramiro*», por Enrique Larreta; «*Del Régimen Federativo al Unitario*», de don Rodolfo Rivarola; «*La Guerra Gaucha*», por Leopoldo Lugones; «*La Restauración Nacionalista*», memoria presentada por Ricardo Rojas sobre la enseñanza de la historia i «*El cascabel del Halcón*», del poeta Enrique Banchs, son simples motivos para que este escritor se estienda en largas consideraciones analíticas, ya sea sobre el pasado del pueblo argentino, la España, del credo i de la Conquista o el unipersonalismo político nacional.

De todo lo cual resulta un libro serio, de estudio reposado i consciente, que sujere no pocas consideraciones sobre el pasado i el porvenir de la nación argentina.

A. DONOSO.

Índice

AGUIRRE SAYAGO ARÍSTIDES—Los nuevos medicamentos antisifilíticos.....	281
ALTAMIRA RAFAEL—Los medios de cultura en América durante el siglo XVIII.....	160
BANSCH, ENRIQUE—As. será.....	294
BÓRQUEZ SOLAR, ANTONIO—Tribulaciones.....	153
BRINTON, CHRISTIAN—Ignacio Zuloaga.....	73
CANO, LUIS—Leon Tolstoy.....	169
CASTRO, EUJENIO DE—Al plateado Mondego.....	116
GARCÍA GUERRERO, EDUARDO—Antropología Criminal i Derecho Penal.....	31
GORKI, MÁXIMO—Un rei de la República.....	211
GUEVARA, TOMAS—El reclutamiento en la Independencia.....	149
» » Un episodio de la guerra de tribus en la Araucanía.....	225
GUERRA JUNQUEIRO—Cortejo fúnebre.....	252
» » Oracion a la luz.....	257
GUZMAN, ERNESTO A.—Por los caminos.....	78
» » La Jornada.....	155
» » La sencillez con uno mismo.....	230
HERMANSEN, R.—De la Escuela Clásica a la Escuela Criminal Positiva.....	195
JAMES, WILLIAM—Walt Whitman.....	232
LE BON, GUSTAVO—La psicología política i las persecuciones relijiosas.....	64
LILLO, BALDOMERO—Era él solo.....	173
LORDE, M. ANDRÉ DE—La Dormida.....	239
MACHADO, MANUEL—El Alba.....	14
» » Cancion del presente.....	14
MAGALLANES MOURE, MANUEL—Maese Salomon.....	54
MALUENDA, RAFAEL—Cuando Dios lo quiere.....	134
MARQUINA, EDUARDO—Las Campanas que andan.....	223
MOLINA, ENRIQUE—Las Crisis de la Moral.....	2
» » Las Crisis de la Moral.....	118
» » La Moral como Ciencia i como Arte.....	265
POSADA, ADOLFO—Las Escuelas del Bosque.....	48
PICA, VITTORIO—Ignacio Zuloaga.....	76
PRADO, PEDRO—El Estranjero.....	46
» » Ante lo irremediable.....	46
» » Benito Rebolledo Correa.....	125
» » Mi hijo.....	159
» » Párrafos.....	172
» » Ensayo sobre la poesia.....	188
» » Meditacion de Primavera.....	238
» » El Fuego.....	293
RAMIREZ, TOMAS—El Liberalismo i la Cuestion Social en Chile.....	85
RODÓ, JOSÉ ENRIQUE—Paradoja sobre la orijinalidad.....	235
RUSIÑOL, SANTIAGO—Ignacio Zuloaga.....	74
» » El Dios Peso.....	279
SANTIIVAN, FERNANDO—Aves viajeras.....	21
SILVA, GUSTAVO—Tren en la noche.....	147
SILVA, VICTOR D—El Regreso.....	133
TOLSTOY, LEÓN—El perro muerto.....	171
UNAMUNO, MIGUEL DE—A Nietzsche.....	187
VALENCIA, GUILLERMO—Así hablaba Zarathustra.....	209
VALERDI, CARLOS—La República en Portugal i España.....	17
VAZ FERREIRA, CARLOS—Leyendo a Verlaine.....	229
VICUÑA FUENTES, C.—Nuestra Crisis Moral, segun el Dr. J. Valdés Cange.....	295
BIBLIOGRAFIA.....	81
»	173
»	303

GRABADOS

Guerra Junqueiro.....	253
Maluenda, Rafael.....	137
Molina, Enrique.....	264
Rebolledo, Benito.....	126
De » » Ante el Mar.....	133
» » Dejeracion.....	129
Unamuno, Miguel de.....	186
Valerdi, Carlos.....	16
Zuloaga, Ignacio.....	172